

GFS 132 G

Epitalamio
(mecnografiado)

EPITALAMIO

Comedia en tres actos de GUILLERMO FERNANDEZ
SHAW y JAVIER REGAS.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ SHAW

PERSONAJES

MARCELINA

CLOTILDE

PALMIRA

ARACELI

HORTENSIA

CAROLINA

MANOLA

MANUEL

IGNACIO ACEVEDO

RAMON

JORGE

ANICETO RODRIGUEZ

DOCTOR LINÁN

La acción, en Madrid. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Amplia sala de estar de una casa moderna. Al fondo, galería de cristales, que dá a un jardín; a la izquierda, una chimenea y, ante ella, —un poco sesgado para que sus ocupantes no queden de perfil ante el público,— un sofá confortable. Puerta a la derecha que ~~se abre~~ pone en comunicación con la entrada de la casa; otra puerta, más pequeña, en segundo término izquierda. Mobiliario de buen gusto: ha de tener, en armonía con el tono general de la decoración, un aire distinguido, no exento, sin embargo, de cierta austeridad.

Al alzarse el telón, se hallan en escena CAROLINA y MANOLA, sirvientes ambas de la casa. La primera, ya cuarentona, es el tipo clásico de la criada que lleva años en una casa: devota fiel de la señora y un sí es no es testaruda. Lleva indumento de trabajo, y se ve que ha sido interrumpida en su faena por la otra. Manola, joven y de apariencia casi provocativa, muy emperejilada, lleva delantal y cofia, pero no traje negro. Este lo vestirá en los actos segundo y tercero.

CAROLINA.— Pero, ¿qué me vés a discutir, Manola? ¡Si has de hacer siempre lo que se te antoje!... Pero yo les diría que no volviesen; que a la señorita...ni pizca de gracia le hacen estos... señores.

MANOLA.— A la señorita... ¿o a ~~usted~~ usted?

~~MANOLA.— A la señorita... ¿o a usted?~~

~~MANOLA.— A la señorita... ¿o a usted?~~

CAROLINA.— Es indiferente. No se les ha perdido nada aquí.

MANOLA.- ¡Ay, hija!...Pues... ¡bueno! No sé qué tirria les ha tomado. ¡Tan amables que son!

CAROLINA.- Sobre todo, él.

MANOLA.- ¡Qué quíe usté decir?

CAROLINA.- ¡Tu dirás! Si no cayesen propinas y otras cosas,- ¡que no te creas que me chupo el dedo!-, puedo que no te preocuparas tanto.

MANOLA.- ¡Ahí vá! Pues, ¡bueno! Le digo que hay pocos señores tan sencillos... ¡con la fortuna que se gastan!

CAROLINA.- ¡Que no han tenido tiempo de acostumbrarse ^a ~~de~~ ella! Si hace cuatro días, como aquel que dice, que los tenían ~~en~~ en un puesto del Rastro.

MANOLA.- Pero, bueno: ¡les hago pasar o qué?

CAROLINA.- Ni pensarlo. La señorita no está ^{para} ~~en~~ nada.

¡O es que se te ha olvidao que hoy viene...él?

MANOLA.- Demasiado que lo sé. Pero a mí me parece que a estas horas...

CAROLINA.- ¡Y tú qué sabes si vendrá o no vendrá a estas horas?

MANOLO.- Que me lo figuro mismamente. Al señorito no le he visto más que un par de veces, y pué de-

cirde que de refilón; pero, por lo que se oye,
se me antoja que no es hombre de madrugar.

CAROLINA.- En eso, mira; ^{puede} ~~que~~ que tengas razón. Si nace
pájaro, le ves en una rama de mochuelo.

MANOLA.- (COMO PROTESTANDO) No me parece su aire...

CAROLINA.- ¡Porque viven de noche, so boba!

(POR LA DERECHA ASOMA LA CABEZA EL SEÑOR ANICETO RODRIGUEZ. TRAS ÉL LLEGA SU MUJER: CLOTILDE; TIPOS N.º
AMBOS DE ESTRAPERLISTAS, MUY COMPUESTOS, MUY ENDO-
MINGADOS. TODO LO LLAMATIVOS POSIBLE, HASTA EL JUSTO
LÍMITE DE LA EXAGERACIÓN)

ANICETO.- ¿Se puede pasar?

CAROLINA.- ¡Ahora que ya están dentro! La señorita no
les podrá recibir esta mañana...

CLOTILDE.- ~~¿POR QUÉ SE LE ENTRA A LA CASA?~~ ¿Y puede saberse
por qué?

CAROLINA.- Porque ha dicho que no quería ver a nadie.

MANOLA.- Los señores son de confianza.

CAROLINA.- Yo digo lo que me ha ordenao la señorita.
Y tú no has debido de empezar por hacer pasar
a los...señores.

CLOTILDE.- Sabemos que hoy es mal día.

CAROLINA.- No sé si es malo o intercadente. Eso...
¡allá la señorita!

ANICETO.- Sabemos que vá a venir. ¡Si nos lo explicó ella misma!

CAROLINA.- ¡Bien vengas mal si vienes solo!

MANOLA.- ¡Ay, vá! Pues, ¡hija! ¡Vaya un genio! Son los únicos vecinos que tenemos.

CLOTILDE.- Es natural, mujer. A nosotros, no nos iba a dar gato por liebre.

ANICETO.- Pero a lo que íbamos, digo yo. Salíamos con "el conque" de dar una vuelta, y hemos entrado un momento para convidar a la señorita Marcelina y a sus chavales...si es que está aquí la pequeña. ¡Nada! Que mañana es domingo y hemos pensado irnos a tomar unas perdices a Toledo, ¡a la Venta del Aire!, para estrenar el coche nuevo.

CAROLINA.- ¡Otro coche nuevo?

MANOLA.- ¡Ya cambiaron aquel verde tan estupendo, que compraron el mes pasado? ¡Qué lástima!

ANICETO.- ¡Y quién habla de cambiar? Nos hemos quedado con los dos. Este es un capricho de mi costilla. Un modelo especial, único... Quiérese decir que no es como los demás, que van montados con piezas iguales.

CLOTILDE.- Sólo la carrocería vale dos millones de francos.

MANOLA.- ¡Jesús bendito!

CAROLINA.- ¡Y que Nuestro Señor permita estas cosas!

ANICERO.- ¡Cuidado! Que no son más que cuarenta mil duros.

CLOTILDE.- ¡Dilo en ogzas, para rebajarlo más todavía! No parece sino que te dá vergüenza ser rico.

(SUENA EL TIMBRE DE LA PUERTA DE LA CALLE. MANOLA HACE INTENCION DE IR A ABRIR)

CAROLINA.- Deja; voy yo. Que, a lo mejor, eres capaz de distraerte y hacer entrar algüen más. ¡Por si éramos pocos!

MANOLA.- Debe de ser el señor Acevedo. La señorita me ha dicho que le está esperando.

(CAROLINA SE ENCOGE DE HOMBROS Y MANOLA HACE MUTIS)

ANICETO.- Es el abogado de la familia. (GESTO DE CAROLINA) ¿Qué quiere decir? ¿Que no es verdad?

CAROLINA.- (SECA) Sí que lo es. Pero, como veo que ha llegado, voy a avisar a la señorita.

(MUTIS DE CAROLINA. ENTRA IGNACIO ACEVEDO, QUE SALUDA AL MATRIMONIO. MANOLA CRUZA LA ESCENA Y HACE MUTIS)

IGNACIO.- Buenos días. No contaba con ustedes.

CLOTILDE.- Solamente vinimos a convidarles. Como mañana estrenamos otro coche...

IGNACIO.- ¡Vaya!... Que sea enhorabuena. Pero me parece que escogieron mal día. Hoy ha de venir el marido de Marcelina...y en estas circunstancias...ya me comprenden...es difícil aventurar proyectos.

ANICETO.- Tendremos que dejarlo para otro día. A no ser que convidásemos a tus primos. (A CLOTILDE)

CLOTILDE.- ¡Conmigo no cuentes!

ANICETO.- ¿Por qué?

CLOTILDE.- Porque no sabes guardar tu puesto. Te gastas una fortuna en un coche, que no creo que lo haya más lujoso en Madrid...y, luego, ¿para qué? Para pasear gentes de los Barrios Bajos.

ANICETO.- ¡Diplomáticos, nada más!

CLOTILDE.- ¿De la calle del Tribulete?

ANICETO.- ¡De Embajadores!

(ENTRA MARCELINA. SALUDOS MUTUOS, MUY CORDIALES)

MARCELINA.- (AL MATRIMONIO) Ya me dijo Carolina que estaban aquí...

ANICETO.- Sí; pero nos hacemos cargo: ¡hola y adiós!

Que usted tiene que hablar con el señor Aoevedo.

MARCELINA.- Cierito. Pero les aseguro que me encanta en contrarles aquí con él. El otro día les expliqué un poco a la ligera lo que nos pasaba, y me gustará que podamos hablar ~~un~~ más despacio. En estas cosas, ya lo saben: siempre queda un cabo por atar y pueden fallar por donde menos se piensa. Al fin y a la postre, no tengo más vecinos que ustedes, que, por nuestro modo de vivir, vienen a ser,- y no lo tomen a mala parte,- los testigos más peligrosos.

ANICETO.- Marcelina, tanto mi señora como yo...

MARCELINA.- No, amigo Rodriguez; no me ha entendido.

Quero decir que ustedes, aparte la buena amistad que hemos hecho, son unos vecinos más vecinos que los que suele haber por ahí. Cuando los tiempos comenzaron a estar para mí difíciles, y me llegó la hora de las economías, ocuparon el piso alto de este Hotel. Bien mirado, ustedes viven, como si digéramos, en mi propia casa. Además, el amigo Acevedo es también su abogado.

ANICETO.- A usted se lo debemos, Marcelina. ¡Buen trabajo le costó aceptarlo!

IGNACIO.- Es que estoy medio retirado de la profesión,

¡ya lo saben! Conservo los clientes antiguos...
¡y ya tengo bastante!

CLOTILDE.- Pero no se arrepentirá, amigo. ¡Mi marido ~~lo~~
le ha cubierto bien el riñón! (GESTO DE IGNACIO)
¿Eh?... (APARTE A SU MARIDO) ¿Es que me he plan-
chao?

MARCELINA.- Conviene, pues, que conozcan el plan con
todo detalle, para evitar el día de mañana una
inadvertencia: un posible resbalón. El caso es...
¿me quieres ayudar, Ignacio?

IGNACIO.- A eso vengo. Ustedes ya saben que Marcelina ~~ya~~
está separada de su marido ^{desde hace muchos años.}
~~hace unos diez años.~~
(Gesto de Marcelina ^{mirando y como echando el cálculo de los años})
(MARCELINA ~~En octubre se cumplirá.~~)

IGNACIO.- (DANDO, SIN QUERER, A SUS PALABRAS UN TONO
PROFESIONAL) No hubo más remedio que tomar esta
decisión, siempre dolorosa, a causa de la conduc-
ta de su marido, que llegó a la más absoluta de-
jación de todos sus deberes matrimoniales, y a
la incorrección....

MARCELINA.- ¡Por Dios, Ignacio! Los señores pensarán
que me casé con una especie de Barba Azul. Ma-
nuel no es mala persona: bueno, educadísimo...

No tiene más que un defecto... ¡que ya es gordoi: las mujeres.

CLOTILDE.- De eso, tengo otra muestra en casa. ¡El cuidado que tengo que tener con las criadas!

ANICETO
~~MARCELINA~~.- ¡Por Dios, Clotilde! ¿Qué dirán los señores?

MARCELINA.- Mi marido apuntaba más alto, señora; pero el engaño es siempre el engaño, y no hay manera de acostumbrarse a él.

IGNACIO.- Un día le hizo una demasiado sonada, y Marcelina cogió sus chicos y se vino con ellos a esta casa, entonces de su madre.

(PAUSA CORTA. IGNACIO SACA UN PAQUETE DE CIGARRILLOS, QUE OFRECE A ANICETO)

ANICETO.- Permítame, señor. Ya sé que a usted le gusta el negro. ~~¡Fume!~~ Fume de éstos: Jener auténticos. Me los trae de La Habana un aviador, y yo mismo me los hago en una maquinita suiza. ¡Jé, jé!...

(IGNACIO TOMA UN PITILLO Y AMBOS FUMAN)

IGNACIO.- Excelente.

ANICETO.- Puro néctar. ¡Jé, jé! Es un decir, que sirven de alimento.

IGNACIO.- Pues...volviendo al ~~asunto~~ asunto: Marcelina no tiene más familia que una tía carnal, del que vive en la República ~~salvador~~ salvador.

CLOTILDE.- ¿El Salvador? ¿Adónde cae eso?

ANICETO.- Ca...cae... ¡Qué cosas preguntas!

CLOTILDE.- ¡No te las des, Aniceto! ¡Que estás tan limpio como yo!

MARCELINA.- Es la tía Palmira. Ya la han oído nombrar. (CLOTILDE Y ANICETO ASI ENTEN)

IGNACIO.- Hace muchos años que vive en América. Es viuda sin hijos, y hasta hace poco, llevó personalmente sus asuntos, que representan una inmensa fortuna. Marcelina es la única heredera, y vale la pena no despreciar esta herencia, que supone su tranquilidad y el porvenir de sus hijos.

CLOTILDE.- Al cabo de la rúe. Esa señora querrá que su sobrina haga las paces con su hombre.

MARCELINA.- ^{No es} ~~eso~~ ^{exactamente.} ~~no es posible~~. La tía Palmira es una señora ^{demasiado} ~~inagradablemente~~ puritana. (CLOTILDE Y ANICETO SE MIRAN COMO PREGUNTÁNDOSE QUÉ QUIERE DECIR SU AMIGA) Montada a la antigua..

ANICETO.- (APARTE A CLOTILDE) ^{Del tiempo de los} ~~cuando~~ ~~cuando~~ ~~cuando~~

MARCELINA.- No sé si ^{hicimos} ~~hacemos~~ bien o mal; pero el caso es que ^{hago} ~~hago~~ nos ^{dió} ~~da~~ miedo decirle que vivimos separados.

IGNACIO.- Con su criterio puntilloso y exagerado era un poco peligroso. Para ella la palabra divorcio es sinónimo de Infierno, y a una señora que vive separada del marido la considera poco menos que cualquier cosa. En el mejor de los casos se hubiera presentado aquí y les hubiera obligado a reunirse de nuevo.

CLOTILDE.- Lo chocante es que esta comedia haya podido durar tanto tiempo.

con María
MARCELINA.- ~~Yo no se lo había dicho jamás.~~ ^{To tampoco lo hubiera creído.} Por lo pronto, nos pareció que lo mejor era ~~disimular~~ disimular, esperar... Yo no sé lo que esperábamos.

IGNACIO.- Podían pasar muchas cosas. La tía Palmira podía morir... Podía también presentarse una ocasión de decirselo sin riesgo.

MARCELINA.- O podía tocar Dios en el corazón de mi marido. (GESTO IMPERCEPTIBLE DE IGNACIO) Transcurrieron unos cuantos años. Estalló la gue-

rra, que cogió a Manuel en el extranjero...
y allí se quedó esperando a ver lo que pasaba.
Fueron tres años más...y la farsa siguió, por-
que nunca como entonces la separación estuvo
justificada.

ANICETO.- ¿Y al acabarse la guerra?..

MARCELINA.- De momento, ^{dijo que le daba} ~~me~~ reparo venir... ^{(Sería}
^{una excusa; porque vea usted a sa-}
^{hasta en París que vivir de una manera precari-}
^{-ber lo que había en París: no sería}
^{precisamente una vida de anaco-}
^{-rate.}

IGNACIO.- El hecho es que la cosa ha venido rodada y
se ha hecho crónica una situación que realmen-
te ha llegado al límite del absurdo.

MARCELINA.- Nunca hallamos la ocasión de decirle la
verdad ~~ap~~ a la tía, hasta que se ha presenta-
do esta complicación. Para salir de ella, des-
pués de darle muchas vueltas, no hemos tenido
más remedio que inventar una nueva farsa.

CLOTILDE.- Como dice el cantar:

Enreda que enreda,
día llegará
en que el cabo suelto
puedas encontrar... (RÍE)

ANICETO.- Y yo digo: ¿por qué se le ha ocurrido ve-

nir a esta buena señora?

MARCELINA.- Parece que la pobre tía está muy enferma. Un mal grave, incurable... Ella fué siempre un espíritu fuerte. ~~La han reconocido,~~
~~Ha podido por su cuenta, una)~~ ~~que la han reconocido;~~
~~por una, a~~ todas las eminencias, ~~y he llamo~~
~~incluso~~ ^{por el que llaman} a consulta a un profesor de los Estados Unidos, ~~que~~ ^{yo he} parado hasta conocer toda la verdad. Según la última carta del Doctor Liñán, - un médico español que vive en El Salvador y que la acompaña en el viaje, - tiene vida para pocos meses y quién sabe si para pocas semanas. Y la pobre quiere venir a morir a su tierra, a nuestro lado, que somos la única familia que tiene en el mundo.

CLOTILDE.- Y ahora... ¡natural!... tendrán que decirle: "¡Límpiate, que estás de huevo!"

MARCELINA.- Para no tener que decirle... eso que ~~usted~~ usted dice, hemos decidido que mi marido ~~venga~~ venga a esta casa los pocos días que la tía esté con nosotros.

ANICETO.- ¡Oh!... ¡Vaya usted a saber si ser^{án} pocos días!... Los médicos...

MARCELINA.- No. Porque se irá en seguida a una finca que posee en ~~Extremadura~~ ^{Extremadura}. Los chicos y yo la acompañaremos; y mi marido... tendrá que quedarse en Madrid, retenido por sus asuntos.

IGNACIO.- Desgraciadamente para la pobre señora, parece que vamos a levantar el telón para el último cuadro de la farsa.

CLOTILDE.- ¡Qué divertido! Su marido, entonces, vivirá aquí como si nunca se hubiesen separado.

MARCELINA.- Exactamente.

CLOTILDE.- Me gusta, ¿eh? Pero que muy bien pensado: como si fuera de "cine". Me imagino a la Irene Dunne y a Walter Pidgeon haciendo estos papeles. (CLOTILDE PRONUNCIARÁ ESTOS NOMBRES TAL COMO SE ESCRIBEN)

IGNACIO.- Lo malo es que esta película la tendrán que ver todos los días; ¡y desde la primera fila! Por eso Marcelina ha querido que ustedes conocieran todos los detalles; que, poco o mucho, se encontrarán alguna vez metidos en el lío.

ANICETO.- La señora sabe que puede disponer de nosotros para todo.

CLOTILDE.- Pero si es de troncharse. Si me quieran dar un papel en esta comedia, yo encantada de la vida. No teman, que no les *dejaré* mal. ¡Si esto es lo mío! se los pueden decir en "los tranvías".

MARCELINA.- ¡En los tranvías?

CLOTILDE.- Un teatro la mar de chusco, que es de la Comparativa de los tranviarios. Detrás de las cocheras de Magallanes: todo el mundo le dice "los tranvías". Una compañía muy maja de aficionados; yo trabajaba de mujer fatal...

IGNACIO.- Mire, señora: me parece lo mejor que todos, por poco que puedan, *se* abstengan de moverse de la primera fila de butacas.

CLOTILDE.- Es una lástima. ~~Ma~~ *Ja* me veía en escena. Pero, verá usted: ¿sabe lo que se me ocurre? Para que la tía se trague la píldora y se crea que realmente son un matrimonio como debe ser, ...y como dicen que su marido es... no sé...una especie de ~~hombre~~ *"Tirón el negro"* ~~se llama~~, yo podría simular....no sé si me entienden.... podría simular que flirteo con él. En las

novelas de justicias y ladrones siempre se hace así para despistar.

MARCELINA.- Sería peor el remedio que la enfermedad. ¡Qué diría la tía Palmira!

ANICETO.- La tía Palmira... ¡y un servidor!

CLOTILDE.- ¡Ay, hijo! Siempre serás de los tiempos de Mari-Castaña. Antes le has ^{di} dicho a Marcelina que podía contar con nosotros.

ANICETO.- Bueno. Pero... ¡según y cómo!

IGNACIO.- Esté tranquilo, señor Rodríguez. Esta vez no vale la pena de correr el riesgo.

ANICETO.- ¡Ni ésta, ni ninguna, qué demonio! Esto es tan sagrado como el negocio... ¡y ya me conoce usted, amigo! El capital no me lo juego, ¡ni a la de tres!

IGNACIO.- A propósito del capital: no olvide que a las once le espera el Notario.

ANICETO.- ¡Cabal! Hemos entrado por un instante...

CLOTILDE.- ¡Eh! Y, si nos descuidamos, echamos ~~vamos~~ raíces. (SE HAN LEVANTADO LOS DOS)

MARCELINA.- Pero ustedes habían venido a algo.

ANICETO.- No sé: ¡con todo este jaleo!... Les venía

mos a convidar para ir a almorzar ^{Mañana} (a Tole-
do.

CLOTILDE.- ¡Si es que puede ser! Ye lo sabemos, Mar-
celina.

MARCELINA.- Es difícil. Esta misma mañana vendrá
mi marido.

ANICETO.- No creía que fuese tan rápido.

MARCELINA.- La tía desembarcó ayer en Lisboa. Sólo
hemos recibido un telegrama diciendo que avi-
saré su llegada.

CLOTILDE.- Y su esposo, ¿vendrá hoy?

MARCELINA.- ¡Pues no le digo?... Se puede presentar
de un momento a otro. No sabemos si tomará
el tren o el avión; pero vale la pena de te-
nerlo todo a punto.

ANICETO.- No hay más que decir: que todo sea para
bien.

MARCELINA.- Gracias.

(DESPEDIDA GENERAL. CLOTILDE Y ANICETO INICIAN EL
MUTIS)

ANICETO.- ¡Las once y diez! ¡Y tengo aún que dejar-
te en la peñadora!

CLOTILDE.- ¡Pero, hombre de Dios, siempre serás de

la calle del Bastero! ¡Vaya usted a un pe-

lucero alemán, que le cuesta treinta duros por sesión, para que su hombre le diga "la peinadora"!

ANICETO.- (AMOSCADO) ¡Vamos! ~~¡~~ ¡Que ya está bien! No creo que aquí sea lo propio...

CLOTILDE.- ¿Lo propio? ¡Ya ~~también~~ te diré luego si está o no ni medio regular! ¡Pues, vaya!...

(AUTORITARIA) ¡Pasa! (VOLVIÉNDOSE A MARCELINA) Usted disimule: ¡los hombres! (A SU MARIDO) ^{te} Pasa, ~~me~~ he dicho, so pasmado! (MUTIS DE ANICETO HACIA LA CALLE) (A MARCELINA E IGNACIO) ¡Beso a ~~ambos~~ ustedes las manos! (Y SE VA TAMBIÉN)

IGNACIO.- ¡Qué numerito cómico- coreográfico el de este matrimonio!

MARCELINA.- que lo digas. Pero, ¡son tan buena gente! Con nosotros se han portado que no cabe más.

IGNACIO.- Ya puedes decirlo. Y, a propósito: ¿no ha formalizado aún con ellos los préstamos que tienes pendientes?

MARCELINA.- ¿Cómo me lo preguntas? Yo no pongo una firma sin consultártelo.

IGNACIO.- ¿Entonces?...

MARCELINA.- Cada vez que he querido hablar con él, ha esquivado la ~~conversación~~ conversación.

IGNACIO.- Me extraña. No es que le tenga por un usurero. ¡De ningún modo! Pero no me negarás que es una lástima que...

MARCELINA.- ¿Adonde vas a parar?

IGNACIO.- A que me duele que hayas podido verte en estos apuros. El tren de vida de tu casa...

MARCELINA.- ¡Por amor de Dios, Ignacio! Nadie como tú sabe lo que ha sido mi vida desde que viví separada de mi marido. No he ~~sido~~ salido, como aquél que dice, de estas cuatro paredes. ¿Adónde he ido desde que Manuel me dejó? Hasta las diversiones más inocentes fueron excluidas de mi vida.

IGNACIO.- Cierto. Pero no me negarás, y no es la primera vez que me veo obligado a advertírtelo, que los gastos de tu casa no han ido jamás de acuerdo con tus disponibilidades económicas.

MARCELINA.- Porque no he querido que se pudiese decir que mis hijos vivían a mi lado con una estrechez que no habrían conocido si su pa-



dre hubiese estado con nosotros.

IGNACIO.- Es decir: que de tu desgracia y de la situación que te creaba, sólo has aceptado lo que podríamos llamar las consecuencias externas: de puertas afuera. Tu severísima austeridad ante el mundo se ha detenido al traspasar la puerta de tu casa.

MARCELINA.- Me entrafía, Ignacio, que me reproches el sacrificio que puede representar mi austeridad. Sabes demasiado bien lo que, para mucha gente, representa una mujer separada de su marido. No puedes olvidar que tengo una hija, ~~que el día de mañana puede ser mirada~~ ^{todavía con más} ~~con~~ ^{con} desprecio, por el sólo hecho de esta separación. La austeridad era el único camino para hacerme valer.

IGNACIO.- De acuerdo. Pero convendrás en que este criterio severo no liga con el de manga ancha que sigues dentro de casa. Reconoce la fortuna que te han costado los colegios de los chicos, y no me negarás que los hay tan buenos como éstos y, seguramente, más económi-

cos. No se aviene bien el sacrificarlo todo a un principio rigidamente austero y seguir viviendo en esta casa, que es un verdadero palacio. Ya sabes, Marcelina, cómo pienso sobre este particular. Y perdona si te hablé acaso un poco cruelmente.

MARCELINA.- ¡Por Dios!...(SE OYE EL TIMBRE DE LA PUERTA DE LA CALLE) Han llamado: ya debe de ser él. O acaso la nena: quedé con las Madres en que la dejarían salir esta mañana.

IGNACIO.- ¿Habla todavía de hacerse religiosa?

MARCELINA.- ¿Habla? Tú lo dices. No he visto una criatura más reservada que Araceli. Sé que sigue pensando; pero es la Superiora la que ha de tenerme al corriente de los proyectos de mi hija.

IGNACIO.- Proyectos que no ~~me~~^{te} agradan demasiado.

MARCELINA.- Francamente, no. (MIRA HACIA LA PUERTA DE ENTRADA) Pero, ¿quién es, que tarda tanto? ¡Manola!

MANOLA.- (DENTRO) ¡Ya vá, señorita!

(PAUSA. ENTRAN CAROLINA Y MANOLA, CARGADAS CON MALETAS, UNA FUNDA CON PALOS DE "GOLF", UN PAR

DE SOMBRERERAS, ETC...Y ATRAVIESAN LA ESCENA)

MARCELINA.- Es él. No falla. Basta con ver la im-
pedimenta.

(ENTRA MANUEL. EL Y MARCELINA QUEDAN MIRÁNDOSE
UN MOMENTO ANTES DE HABLAR. LAS PRIMERAS FRASES
LAS DICEN AMBOS CON CIERTO EMBARAZO)

MANUEL.- Hola, Marcelina. Estás cada día más joven.

MARCELINA.- Pues... ¡mira que tú! Tan pollo como
siempre.

(MI ENTRAS QUE ELLA LE HA CONTESTADO, MANUEL HA
SALUDADO AFECTUOSAMENTE A IGNACIO)

MANUEL.- Psé... Me pareció que valía la pena arre-
glarme un poco. Al fin y al cabo, me han lla-
mado para representar una comedia; y un buen
actor ha de cuidar el detalle. Sobre todo,
tratándose de un papel, que ya tenía medio
olvidado. (DICE ESTO ÚLTIMO YENDO AL FONDO
DE LA ESCENA, EN PLAN DE INSPECCIONAR LA CA-
SA)

MARCELINA.- Es el mismo de siempre.

MANUEL.- (DESDE EL FONDO) Hacía tiempo que no ve-
nía por aquí. Has hecho grandes reformas.
¡Si hasta me parece todo más grande!

MARCELINA.- Al alquilar el piso de arriba, hubo que

suprimir la escalera interior; y, es claro...

MANUEL.- Ya lo veo. Lo has cambiado todo: mobiliario, decoración... Queda muy bien. Le has quitado aquel aire de Exposición del Mueble que tenía en vida de tu madre. Ahora dá la sensación de una casa en la que, realmente, se vive. Se ve que las cosas se han ido colocando una por una... ¡Caramba, ^{esto es un} ~~regalo~~!

REGALOS! ¡Qué ~~una~~ maravilla!

MARCELINA.- Es un regalo de Ignacio.

MANUEL.- (EN TONO LIGERO) No sé si darte las gracias o sentirme celoso.

IGNACIO.- ¡Manuel!

MANUEL.- ¡No nos pongamos trágicos, por amor de Dios!

MARCELINA.- Es que... ¡esta clase de bromas!... Sabes demasiado que Ignacio...

MANUEL.- Sé perfectamente que Ignacio es un buen amigo... de muchos años... y de toda la familia. De no ser así, yo no hubiese venido... o te hubiera rogado que me librases de la violencia de verlo en casa. En el mundo hay todavía una cosa que se llama "las buenas formas".

IGNACIO.- Me complace óirtelo decir.

MANUEL.- ¡No faltaba más! (UNA PAUSA LARGA) Estaba pensando que has tenido una gran idea al indicarme que viniera hoy.

MARCELINA.- ¿Por qué lo dices?

MANUEL.- ¿No lo vés? Hace cinco minutos escasos que estoy aquí...y ya nos quedamos sin saber qué decirnos. Y eso que no estamos solos...todavía.

IGNACIO.- Comprenderás que para mí resulta difícil..

MANUEL.- Para tí...y para todos. Es lo que tienen estas situaciones: que no son naturales. Ni carne ni pescado. Llego de la calle; y no me puedo comportar como si viniese de visita...ni puedo dar la sensación de que estoy en mi casa y espero tranquilamente la hora de almorzar. Y a vosotros os pasa igual. La cosa nos viene a todos ancha. Si este primer día lo llegamos a pasar ante la tía Palmira, me temo que en seguida hubiese visto claro.

MARCELINA.- Sí...Eso...es verdad. No hay modo de... de dar con el debido tono....¿Quieres tomar algo?

MANUEL.- No hay duda de que estamos representando una

comedia. También, en el Teatro, el autor se vale de este recurso cuando ve que la cosa no marcha.

MARCELINA.- Quizás hubieses podido tocar un tema que fuese realmente adecuado: pongo por caso, tus hijos. Y eso no quita para que te sirva con gusto el aperitivo.

MANUEL.- Tienes razón: no sé donde tengo la cabeza.

¿Qué es de Jorge y de Araceli?

(EN ESTE MOMENTO SE OYEN REPETIDAS LLAMADAS A LA PUERTA DE LA CALLE)

MARCELINA.- No tardarás en saberlo. Ya está aquí ~~ahí~~

Jorge.

(MANUEL HACE INTENCION DE IR HACIA LA PUERTA; PERO SE REPRIME Y PROCURA ADOPTAR UNA ACTITUD DE SEMI-VUELTA)

IGNACIO.- Tengo que retirarme, Marcelina. Se me hizo muy tarde.

MARCELINA.- Quédate a almorzar. (SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA)

MANUEL.- ¡Hola, Jorge!

JORGE.- (DESDE DENTRO) ¡Hola, papá!

MANUEL.- ¡Pero si también está aquí la nena!...

(EFECTIVAMENTE, SALEN ARACELI Y JORGE; ELLA CON UNIFORME DE COLEGIALA. AMBOS SALUDAN A SU PADRE: ÉL, CON ALEGRÍA, Y ELLA CON UN POCO DE TRISTE-

ZA, QUE NO LE ABANDONARÁ DURANTE EL RESTO DEL
ACTO)

¿Qué tal, pitusa? Aunque ya, eso de pitusa..
Pronto me dará vergüenza ir contigo por la
calle.

ARACELI.- ¿Por tí o por mí?

MARCELINA.- (RÁPIDA, EN TONO DE REPROCHE) ¡Araceli!

ARACELI.- (YENDO A SU MADRE Y BESÁNDOLA. MANUEL QUEDA
CHARLANDO CON JORGE) Hola, mamá...

MARCELINA.- Hola, hijita. Podías haber esperado un po-
co para sacar tu genio a relucir.

ARACELI.- Perdona, mamá: ha sido un pronto.

MARCELINA.- De eso me quejo. Y no me hagas hablar más.

(ARACELI SALUDA A IGNACIO Y SIGUEN HABLANDO LOS
TRAS EN VOZ BAJA)

JORGE.- ¡Cómo me gusta verte aquí con nosotros! Ya sé
que todo es ^{mucho bien} ~~un poco~~ para reír; pero...ya vé.
¡Me gusta!

MANUEL.- ¡Hombre! ¡Y a mí! Me alegro.

JORGE.- Es la verdad; tú y yo hemos sido siempre ~~mucho~~
buenos amigos.

MANUEL.- ¡No faltaría más!

JORGE.- ¡Ya me entiendes!

MANUEL.- ¡Tanto que te entiendo! Por mi parte, también lo he procurado. Te aseguro que ansiaba esta amistad. Como que eso de hacer de padre...así...desde lejos, no es cosa demasiado fácil, he tenido que suplirlo haciéndome muy amigo tuyo.

CAROLINA.- (QUE ENTRA) Señorita: la cocinera pregunta cuántos serán a la mesa.

MARCELINA.- Pues...los que estamos aquí. Cinco, si no cuento mal.

CAROLINA.- Y mañana, ¿comerán en casa? Lo dije ^{ce} por la plaza; porque, según y cómo, haría ~~una~~ una cosa u otra.

MARCELINA.- ¿Y por qué no ^{quiso} ~~hice~~ de comer en casa mañana?

CAROLINA.- Como estos señores de arriba han dicho no sé qué de ir no sé donde...

MARCELINA.- ¿Los Rodríguez?

IGNACIO.- Sí. ¿No lo recuerdas? Os han convidado a pasar el día en Toledo.

ARACELI.- ¿Con ese par de estraperlistas? ¡Os los regalo!

MARCELINA.- ¡Araceli! ¡Otro pronto, que sobra!

JORGE.- Pues bien simpáticos que son. ¡Yo voto que sí!

MARCELINA.- ¿Qué dices tú, Manuel?

MANUEL.- ¿Qué queréis que os diga? No conozco a esos señores; y las opiniones tan contradictorias de mis hijos no son precisamente para formarse una idea aproximada. Por otra parte, la tía Palmira puede presentarse de un momento a otro... Figuráos que llega... y que nos encontramos fuera. Además...

IGNACIO.- Además, la excursioncita no te hace gracia. ¡Siempre fuiste pájaro de jaula!

MANUEL.- ¡Hombre! ¡Qué quieres que te diga!...

MARCELINA.- Bien; ya hablaremos de todo comiendo.

Diga a la cocinera que luego la contestaré.

CAROLINA.- Bien, señorita. (MUTIS DE CAROLINA)

ARACELI.- Ahora que osigo. En Toledo está la Madre Teresa de Superiora. Si vamos allí, ¿me dejarás ir a verla, mamá?

MARCELINA.- Encantada, hijita.

ARACELI.- Por primera vez, Jorge, estamos de acuerdo. Ahora, sólo falta convencer a papá.

JORGE.- (A SU MADRE) Mira por dónde el misticismo de mi hermana ha servido de algo.

ARACELI.- (RAPIDA) ¡Comentario que te podías ahor-

JORGE.- ¿Sabes, papá, que tu hija quiere ^(matarse) ~~matarse~~
monja?

ARACELI.- ¡Calla, Jorge! ¡Calla! ¡Mira que eres
antipático!

MANUEL.- Tampoco es para ponerse así, Araceli.
¿O es que te molestó que me lo dijese?

ARACELI.- (DUDA UN MOMENTO ANTES DE RESPONDER) No
sé... Pero, bueno: ¡me ha molestado!

MANUEL.- No veo por qué. Un día u otro, si es ~~un~~
cierto, tendría que enterarme.

MARCELINA.- En eso tienes razón. Pero a la nena
le molesta comenzar discusiones a base de
un propósito que quién sabe cuándo sea ho-
ra de...

MANUEL.- ¿Discusiones? No veo por qué. Si esa fue
se la voluntad de Araceli y se sentía bien
segura de su voluntad...

ARACELI.- Entonces, tú, papá, ¿no te opondrías?
(VA JUNTO A MANUEL)

MARCELINA.- (APARTE A IGNACIO) ¡Ahora sí que la
hemos hecho buena! ¡Yo, que confiaba en él
para cuando llegase la hora!...

IGNACIO.- Tu marido es la sorpresa permanente.

ARACELI.- Dime, papá: ¿no te opondrías?

~~MANUEL.~~

MANUEL.- Ya veremos. No hay que adelantar
~~los acontecimientos.~~
los acontecimientos.

RACELI.- (UN POCO DEFRAUDADA) Como has dicho...

MANUEL.- He dicho que no veía por qué tenemos que discutir a propósito de tu vocación. Y, de eso, puedes estar bien segura. No, Araceli: tú y yo no discutiremos.

ARACELI.- ¡Qué alegría, papá! Habría jurado que serías el principal obstáculo con que hubiese tenido que luchar.

MANUEL.- Y acaso no habrías ido demasiado lejos. Si esta vocación, de la que hablas con tan ingenua seguridad, fuese un hecho el día de mañana, a mí, francamente, no me seduciría la perspectiva. Haría lo que en mi mano estuviese para desviar tus intenciones y hasta procuraría encontrar un derivativo para tu exaltación sentimental; pero discutir, lo que se dice discutir, imponerte por la fuer-

za mi voluntad...éso no será tu padre
quien lo haga; puedes dormir tranquila.

ARACELI.- Gracias, papá.

MANUEL.- No tienes que dármelas; ^{es así.} ~~son éstas~~

(SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA ARACELI, MANUEL
Y JORGE. A POCO, COMO SI FUESEN A MIRAR AL-
GO, SE DIRIGEN LOS TRES A LA GALERÍA, VOL-
VIENDO CUANDO ESTÁ A PUNTO DE TERMINAR EL
DIALOGO ENTRE MARCELINA E IGNACIO)

IGNACIO.- ¿En qué piensas, Marcelina?

MARCELINA.- No sé; en todo lo que nos está
pasando. No sé si llegaremos a buen
puerto.

IGNACIO.- ¿Por qué lo dices?

MARCELINA.- Porque es muy difícil la trave-
sía. Mientras que se proyectó este plan,
me fui haciendo a la idea poco a poco...
y llegué a sentir la ilusión de que fue-
ra una cosa lisa y llana. Pero ahora,
con Manuel aquí, no sé... me parece to-
do una montaña.

IGNACIO.- Reconocerás, en su honor, que re-
presenta su papel a las mil maravillas.

MARCELINA.- ¡Y tanto! Mírale con sus hijos.

IGNACIO.- Una alegoría sorprendente. La vuelta del padre pródigo.

MARCELINA.- (UN POCO NERVIOSA) ¡Verdad que ~~va~~ sí? Cualquiera que ahora le viese, sería incapaz de adivinar la clase de hombre que se oculta tras esa máscara de simpatía.

IGNACIO.- Le atacas en su punto menos vulnerable. La simpatía de Manuel es...

MARCELINA.- Es...Yo voy a decírtelo. Es una cosa postiza, estudiada...casi podría decir que ensayada ante un espejo. Y la simpatía, para ser auténtica, la primera cualidad que ha de tener es la de ser espontánea.

IGNACIO.- ¿Sabes qué pienso, Marcelina? Que acaso tenías antes razón al mostrarte pesimista.

MARCELINA.- ¿También temes que falle una cosa u otra?

IGNACIO.- No; eso, no. No es por ahí...

MARCELINA.- ¿Entonces?...

IGNACIO.- No sé, Marcelina. No me hagas concretas.

MARCELINA.- Pues, dime. No vale lanzar insinuaciones sin más ni más. Y no adoptes ese gesto del hombre que ya está de vuelta. ¡Dime!

IGNACIO.- (SE QUEDA UN MOMENTO SIN SABER QUÉ DECIR) ¡Ay, Marcelina! ¡Qué mal te veo!

MARCELINA.- ¿Y eso es todo lo que se te ocurre?

(AL DECIR LA FRASE ANTERIOR, MARCELINA MIRA HACIA LA PUERTA DE LA IZQUIERDA, COMO SI HUBIESE SENTIDO PASOS)

CLOTILDE.- (DESDE DENTRO) ¿Se puede pasar?

(MARCELINA SE LEVANTA. ENTRA CLOTILDE CON EL SOMBRERO EN LA MANO, PEINADA CON UN POCO DE EXAGERACIÓN; PERO SIN QUE PUEDA DECIRSE QUE EL PEINADO LE SIENTE MAL)

MARCELINA.- Pase; pase, Clotilde.

CLOTILDE.- No se muevan, por Dios. Manolita dejó la puerta entornada... ¡Ah! Ya veo que llegaron los chicos.

(ARACELI Y JORGE ACUDEN A SALUDARLA)

JORGE.- ¿Qué tal, Clotilde?

CLOTILDE.- ¿Yo? Como siempre: ¡de primera! Soy de las que nacieron de pie.

ARACELI.- ¿Cómo está, señora?

CLOTILDE.- Tan ricamente. Pero, ¡qué bendición de hijos, Marcelina! De veras, que me da usted envidia.

MARCELINA.- Pues nadie lo diría.

CLOTILDE.- Me dá envidia verlos así, ^{(ya criados,} como éstos.

Si los trajesen así de París, ¡ya habría encargado media docena!

(MANUEL SE HA QUEDADO DE PIE, UN POCO APARTADO DE LA REUNIÓN)

Pero... éste ~~señor~~ señor será su marido...

MARCELINA.- Perdón. No le había presentado. Mi marido... La señora de Rodríguez...

CLOTILDE.- Para usted, Clotilde. ¡No faltaría más!

MANUEL.- Señora...

(VA HACIA ELLA. CLOTILDE LE ALARGA LA MANO; Y MANUEL HA DE FORZAR LIGERAMENTE EL GESTO PARA BESÁRSELA. ELLA QUEDA PLENAMENTE SATISFECHA)

CLOTILDE.- Había oído hablar mucho de usted.

MANUEL.- ¡Bien o mal?

CLOTILDE.- Bien. Ya veo que no me habían engañado.

MANUEL.- Pues yo... no puedo decir lo mismo.

CLOTILDE.- ¡Le habían hablado mal de mí? ¡Quién,

si se puede saber?

MANUEL.- Nadie. Las referencias eran espléndidas.

Pero me habían engañado: se habían quedado
cortas.

CLOTILDE.- (RIENDO) ¡Estupendo, hombre! ¡Apúntese
ocho! ¡Le ha salido redondo.

(SIGUEN CHARLANDO CLOTILDE, MANUEL Y JORGE.
ARACELI HA QUEDADO SOLA, E IGNACIO NO SE HA
MOVIDO DEL COSTADO DE MARCELINA)

MARCELINA.- ¡Qué te parece?

IGNACIO.- Que puedes estar tranquila. La estampa
familiar ha tenido una vida muy corta.

MARCELINA.- ¡Ahora sí que es él!

(~~WHWHW~~ LOS HA DICHO UN POCO NERVIOSA. IGNA-
CIO VUELVE A ADOPTAR EL AIRE DEL "HOMBRE DE
VUELTA", QUE HACE UN MOMENTO TUVO LA VIRTUD DE
DE IRRITAR A MARCELINA. ARACELI SE ACERCA A
SU MADRE Y LE HABLA, PONIÉNDOLE LA MANO SOBRE
~~LA ESPALDA~~ EL HOMBRE)

ARACELI.- Oye, mamá: supongo que no se quedará a
comer esa señora.

MARCELINA.- ¡A santo de qué? (DESPUÉS DE UNA PAU-
SA CORTÍSIMA) A menos que la convide tu pa-
dre.

(ARACELIA VUELVE LA CABEZA PARA MIRAR AL OTRO
GRUPO, QUE HABLA MUY ANIMADAMENTE. IGNACIO
APROVECHA EL INSTANTE PARA LLAMAR LA ATEN-
CION DE SU AMIGA)

IGNACIO.- ¡Cuidado, Marcelina! Estamos justamente al principio. Piensa que la vela es corta y la procesión es larga.

(ARACELI MIRA DE NUEVO A SU MADRE; Y LOS TRES SIGUEN HABLANDO)

CLOTILDE.- A usted creo que se lo podemos decir. Todo este agradecimiento de Jorge viene de que le doy lecciones.

MANUEL.- ¿Lecciones?

CLOTILDE.- Le estoy enseñando a bailar la "samba".

MANUEL.- Ya sé donde la he visto a usted. Una noche en ^{"VILLA ROMANA"} ~~La Rosalinda~~ a fines del verano pasado. Usted cenaba en la primera mesa al lado de la orquesta. Llevaba un vestido estampado sobre fondo de color malva.

CLOTILDE.- ¡Caramba!... ¡Qué memoria! Un vestido de seda natural. El estampado era ~~de seda natural~~ *pintado a mano.*

MANUEL.- Hacía muy bonito.

CLOTILDE.- ¿El vestido?

MANUEL.- ¡El maniquí! (JORGE RÍE) ¡Ay, hijo! Me olvidé de que estabas tan cerca.

CLOTILDE.- ¡A ver si también usted tendrá que

tomar lecciones!

MANUEL.- ¿De... "gamba"?

CLOTILDE.- De eso... ya debe de ser profesor. De estar en familia.

JORGE.- Anda, papá; ámate. Siendo dos, nos haría un precio especial.

CLOTILDE.- ¡Ay, no, hijo mío! Con la familia, una servidora está "orgay". Maof en la calle y en la calle moriré. Y, ahora, sabrán perdonarme, ¿no?

(ALARGA LA MANO A MANUEL. ESTA VEZ LO HACE MÁS EN SEÑORA)

MANUEL.- ¿Ya se vá?

CLOTILDE.- Tenemos a comer unos clientes de mi marido. Encantada.

(CLOTILDE VA AL GRUPO DE MARCELINA Y HABLA ALLÍ EN VOZ BAJA. MANUEL QUEDA APOYADO EN EL RESPALDO DEL SOFÁ, UN POCO AUSENTE, COMO CUBRIENDO RECORDAR ANTECEDENTES DE LA SEÑORA QUE LE ACABN DE PRESENTAR)

(A

JORGE.- ~~MI~~ SU PADRE) ¿Tenía yo razón o no? (MANUEL NO RESPONDE. JORGE INSISTE) Todo son malquerencias de Araceli y un poco de manías de mamá. Estas gentes serán lo que se quieran; pero resultan muy simpáticas. Sobre to-

do, ella.

MANUEL.- Que lo digas, Es un poco...especial; pero, ¿quién niega que tiene simpatía?

JORGE.- ¿Verdad que sí?

MANUEL.- Ya lo creo. Una simpatía natural...Casi me atrevería a decir "salvaje".

(JORGE SE LE QUEDA MIRANDO; NO COMPRENDIENDO ~~SI ES UN FLOJO O LO CONTRARIO LO QUE ACABA DE DECIR SU PADRE~~ SI ES UN FLOJO O LO CONTRARIO LO QUE ACABA DE DECIR SU PADRE)

CLOTILDE.- Bien, Marcelina. Hasta siempre. Y contámonos con ustedes para mañana.

MARCELINA.- ¡Ah! Eso...no sé. Me parece que nos costará trabajo convencer a mi marido.

ARACELI.- Lo veo difícil.

MARCELINA.- Oye, Manuel. ¿Podrías hacer un pequeño sacrificio para contentar a tus hijos? Se trata...ya te lo hemos dicho antes...de los señores de Rodríguez, que nos han convidado a ir mañana a Toledo...

(MARCELINA, CLOTILDE Y LOS CHICOS, CADA UNO DESDE SU PUNTO DE VISTA, ESPERAN LA RESPUESTA CON CURIOSIDAD O INQUIETUD)

MANUEL.- ¿Los...señores de Rodríguez?...

(DUDA UN MOMENTO, COMO NO RECORDANDO EL APE-

LLIDO NI EL ASUNTO. DE PRONTO, CAE EN ELLO
Y DICE, MIRANDO A CLOTILDE:)

¡Ahí ¡Sí!... ¡Mañana a Toledo? ¡Ya lo creo!

¡Encantado! ¡Pues, no faltaría más!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción del acto anterior. Como única novedad, en lugar bien visible, hay un retrato de Manuel. Es una foto del busto o, solamente, del rostro; ~~para una escena~~ de gran tamaño y muy fotogénica.

Al levantarse el telón, se hallan en escena la tía Palmira, Marcelina, - sentada a su lado, - y Carolina. Marcelina estará ocupada en alguna labor femenina, que justifique la presencia de Carolina para ayudarla.

PALMIRA.- ¡Por Dios, Marcelina! Te lo tengo dicho desde el primer día: no quiero escenas.

MARCELINA.- Si no son escenas, tía. Es una cosa natural. ¿O es que quieres que nos quedemos cruzados de brazos ante la desgracia?

PALMIRA.- ¡Y dalet!... Gracias a Dios, soy una mujer fuerte y animosa. Sé lo que Dios ha dispuesto, y estoy resignada.

MARCELINA.- Pero no me negará que es terrible encontrarse en un caso así.

CAROLINA.- A mí me pasa igual que a la señorita... y perdone que meta baza donde nadie me pregunta.

PALMIRA.- Nada hay que perdonar, Carolina. Pero, tanto usted como mi sobrina, tienen que convencerse de que no sirve de nada tomar las cosas por la tremenda.

MARCELINA.- ¡Usted lo dice!

PALMIRA.- Y lo hago. Lo único que os pido es que sigais mi ejemplo.

MARCELINA.- ¡Pero, tía!...Un caso como éste es capaz de alterar los nervios de la persona más equilibrada. Porque, en general, al enfermo se le suele ocultar la verdad; y esta simulación, en la que jamás ha podido verse otra cosa que un acto de caridad hacia él, me doy cuenta de que es también indispensable para los demás. ^(Sirve para) ~~evitar~~ ~~estas~~ conversaciones tan desagradables como ésta de ahora.

PALMIRA.- Ya te vienes a mi partido.

MARCELINA.- ¡Porqué lo dice?

PALMIRA.- Porque lo mejor que podeis hacer es no hablarme de ésto.

MARCELINA.- La admiro, tía. Lo digo sinceramente.

(SALEN EL DOCTOR LIRAN Y SU HIJO RAMON. ESTE ES UN MOZO DE VEINTICINCO A TREINTA AÑOS. VESTIDO CON CIERTA NEGLIGENCIA, SIN DEJAR POR ESO DE TENER UN AGRADABLE ASPECTO)

PALMIRA.- ¡Qué? ¡A estirar las piernas un poco, Doctor?

DOCTOR.- No, señora, a la obligación. Una visita a

un colega, que tiene interés por conocer a mi chico.

MARCELINA.- (A RAMON) Ya sé que su venida a España ha sido lo que se dice un éxito. Ayer tarde, -pensaba decírselo, - el marido de una amiga, el Doctor Forcada, el catedrático, me hizo grandes elogios de usted. Me dijo que su conferencia había causado sensación.

RAMON.- Siempre se exagera...

PALMIRA.- Nada de ^{eso;} ~~eso;~~ te lo puedo asegurar porque yo también le oí. Y hasta agregé (A RAMON), - y no sé si haré bien en decírtelo, - que tu único defecto es el de ser un poco hurano.

DOCTOR.- Mi hijo no vive más que para su carrera.

MARCELINA.- Pero, en los tiempos que vivimos, me parece que no estaría de más un poquito de mundología....

DOCTOR.- ...O, para decirlo menos diplomáticamente, hacer algo más de comedia.

PALMIRA.- ¡Oh!...Poca o mucha, todos la hemos de hacer.

RAMON.- El caso es que *a mi, no me interesa ser* ~~yo no sé si es para~~ médico;

y menos ^{aún} ~~un~~ médico de moda. *Yo me negarían que* ~~un médico~~ para trabajar en un laboratorio, uno puede permitirse el lujo de prescindir de ese poco de mundología de que hablaba la señora.

PALMIRA.- ¡Hijo!..Tú...y tu padre sabéis demasiado lo que te conviene.

DOCTOR.- Si no mandan más... ¡Ah! No cuenten con nosotros para comer. Temo que acabaremos muy tarde y sentiría hacerles esperar.

MARCELINA.- Como ustedes quieran. Hasta luego.

PALMIRA.- Yo también te dejo. Quiero escribir unas cartas, y en mi cuarto estaré más tranquila.

(AL DOCTOR Y RAMON) ~~¡Hasta~~ Hasta la noche.

(EL DOCTOR Y RAMON INICIAN EL MUTIS. ENTONCES CAROLINA SE APROXIMA)

CAROLINA.- Doctor: la señora me ha dicho antes que, cuando vaya a su cuarto, le lleve una taza de café. Será la tercera que se tome hoy. Sin contar con la del almuerzo.

(EL DOCTOR MIRA A PALMIRA Y MUEVE LIGERAMENTE LA CABEZA)

DOCTOR.- Su vicio. Siempre ha sido su vicio. ¡Y a fé

que no le conviene.

CAROLINA.- Entonces... ¿qué hago?

DOCTOR.- Mire, Carolina. Desgraciadamente, no vale la pena de andar con miramientos. Dele usted el café.

CAROLINA.- Tenía razón la señorita. ¡Es terrible un caso así!

(DURANTE LA REFLEXION DE CAROLINA HACEN MUTIS EL DOCTOR Y RAMON. PALMIRA SE HA LEVANTADO CON CIERTA DIFICULTAD)

MARCELINA.- La acompaño, tía.

PALMIRA.- ¡No te muevas! Carolina me echará una manita.

CAROLINA.- Con la mar de gusto, señora.

MARCELINA.- Hasta ahora, pues.

(CAROLINA AYUDA A ANDAR A PALMIRA, Y AMBAS HACEN MUTIS. MARCELINA VUELVE A SU LABOR; PERO PRONTO LA ABANDONA Y QUEDA CON LA MIRADA VAGA EN EL ESPACIO. SU CARA REFLEJA PREOCUPACION. VUELVE A SALIR CAROLINA)

CAROLINA.- ¿Quiere que acabe de ayudarla, señorita?

MARCELINA.- Gracias. Ya lo haré yo.

CAROLINA.- Entonces... con su permiso. (INICIA EL MUTIS) Los... señores de arriba, ¿se quedarán hoy también a comer? No, si la tengo tragada; y hag-

ta las mil y quinientas se estarán luego jugando a las cartas.

MARCELINA.- ¿Y qué vamos a hacer, Carolina? La tía se ha empeñado en que hagamos nuestra vida normal; y yo no puedo acostumbrarme. Saber que se puede morir dentro de quince días y verla jugando al "bridge" como si tal cosa...sería para reír...si no fuese para llorar.

CAROLINA.- Tiene usted más razón que un santo. Una siempre había visto que, en las casas, cuando había un enfermo,...así...tan grave, no se estaba para fiestas ni festejos. Y una se encuentra con que aquí pasa al revés. Desde que llegó esta buena señora...

MARCELINA.- Olvidas un detalle muy importante, Carolina. La llegada de la tía Palmira ha coincidido con la presencia del señorito Manuel.

CAROLINA.- ¡Ahí le duele! Que ~~está~~ sí, ¡que sí!..

(SE OYE EL TONORE DE LA PUERTA. CAROLINA MIRA HACIA EL ~~VENTANAL~~ CORRESPONDIENTE LATERAL, COMO PARA VER QUIEN VIENE) (PAUSA) (ENTRA IGNACIO)

IGNACIO.- ¿Qué tal, Marcelina?

MARCELINA.- Ya vés. Te lo ~~puedes~~ puedes imaginar.

CAROLINA.- Si la señorita no desea nada más...

MARCELINA.- Nada, mujer.

(MUTIS DE CAROLINA. PAUSA BREVE)

IGNACIO.- ~~¡Eh!~~ Parece que las cosas no quieren arreglarse.

MARCELINA.- Cada día van peor, Ignacio. Jamás hubiese creído que fuera tan difícil mantener una situación como ésta... ¡Créete que ya no puedo más!

IGNACIO.- ¡Pobre Marcelina! Te compadezco de todo corazón. (OTRA PAUSA MUY CORTA) Y tu tía, ¿persiste en no querer ir a Extremadura?

MARCELINA.- No hay quien la arranque de aquí.

IGNACIO.- ¡Es un caso!... ¿Y Manuel? ¿Se va adaptando a la nueva vida?

MARCELINA.- ¡Demasiado! (IGNACIO RÍE) No; no te rías, Ignacio, que no es cosa de broma. Ha perturbado toda la vida de esta casa. Y a los chicos los está volviendo del revés, como un calcetín.

IGNACIO.- ¿A los dos?

MARCELINA.- A los dos. Jorge había sido siempre un poco...un poco...Desde luego, había salido al padre. ¡Pero, Araceli!...Te acuerdas, tan quie-

tita y melancólica? Pues también se me vá espabilando. Antes, siempre encontraba una excusa para no salir del Colegio. Ahora, con el pretexto de la tía, viene todos los fines de semana. Cuando no pasa como hoy; que ya la tenemos aquí, porque mañana es no sé qué fiesta y se ha combinado un puente hasta el domingo.

IGNACIO.- Acaso más vale así. Recuerda la angustia que te daba pensando que quisiese quedarse en el convento.

MARCELINA.- ~~¿Por qué?~~ No sé qué es peor.

IGNACIO.- Y a mí que me parece que todo ésto, visto en su conjunto,....tiene un aire....¿cómo te diría yo? ¡Que no es para tanto, vaya!

MARCELINA.- ¡Muy pronto lo has dicho! ¡Te figuras que es agradable ver cómo, en pocos días, se vá a paseo el fruto de tantos años de paciencia y de sacrificios? Había yo educado a mis hijos,- tú mismo me lo advertiste varias veces,- en un plan de severa austeridad. Había conseguido convencerles de que ésta era la manera de vivir que les

correspondía, en vista del fracaso del matrimonio de sus padres. Era como una especie de medio luto que ellos, que habían quedado conmigo en casa, tenían la obligación moral de guardar, para ser respetados como se merecían. Venir él y caer mi edificio por tierra, ha sido todo uno. Tú estabas aquí en el momento de su llegada ~~triumfal~~ triunfal. Viste el desfile de su equipaje, que le precedía, a manera de escolta; y por este detalle puedes juzgar del ejemplo que habrá dado a los niños en los dos meses que le tenemos aquí. Mira este retrato. Este no es un padre de familia, que el día menos pensado puede ser abuelo. } Este es un artista de cine! Y no hablemos del cambiarse de ropa dos o tres veces al día, ni de los pretextos que a cada instante surgen para toda clase de salidas y diversiones. Ni de nuestro pequeño mundo, retirado y recogido, que se desvaneció como una bocanada de humo. A veces, tengo la sensación de que, - dentro de esta farsa en que le incluimos, - Manuel se ha trazado por su cuenta un plan. Sí, Ignacio, sí. Qui-

re separarme de mis hijos. Es más claro que el agua.

IGNACIO.- Quizás no es tanto como te lo hacen ver tus nervios. ¿Qué interés quieres que tenga? ¿Qué conseguiría? Quebraderos de cabeza solamente. No es su estilo. Ni cabe tampoco pensar en una animosidad contra tí...

MARCELINA.- Sí...en cierto modo, tienes razón. Pero esta situación es insoportable.

IGNACIO.- ¿Insoportable? ¿Por qué? (MARCELINA NO RESPONDE) Tú eres la única que puede saberlo, Marcelina. Mírate por dentro; porque sólo de tí misma puede salir la respuesta a mi "por qué".

(MARCELINA VA A RESPONDER; PERO CALLA AL VER QUE ENTRA MANUEL)

MANUEL.- Buenas tardes.

MARCELINA.- Hola.

IGNACIO.- Buenas tardes, Manuel. (PAUSA BREVE)

MANUEL.- ¿Ha pasado un ángel?...¿O es que mi presencia ha obligado a suspender la conversación?

IGNACIO.- No, Manuel. No decíamos nada que ^{no} pudieses oír.

MARCELINA.- ¡Y hasta más valdría que lo oyese!

MANUEL.- ¡Caramba! ¡Qué tono, Marcelina! Me intrigas.

MARCELINA.- Pues...sal de dudas cuanto antes.

IGNACIO.- ¡Cuidado, Marcelina!

MANUEL.- No. Déjale, Ignacio.

MARCELINA.- Este tono de protección, ¿no es para hacerme odioso? Pero no servirá para cohibirme. Hace muchos días que voy acumulando dentro de mí una inmensa amargura; y ya es hora de que te diga que te has portado de un modo abominable.

MANUEL.- ¿Yo?

MARCELINA.- Sí, tú. Habíamos convenido, forzados por las circunstancias, en esta simulación de la que soy la primera en arrepentirme. Había de durar pocos días... ¡y mira el tiempo que la arrastramos!

MANUEL.- ¿Y qué quieres que haga, si la tía Palmira no se mueve de Madrid?

MARCELINA.- Valía acaso la pena de modificar el plan primitivo, en lugar de recrearse en él, que es lo único que te ha complacido. (MANUEL VA A INTERRUPIR; PERO ELLA LE CORTA LA PALABRA CON UN GESTO RÁPIDO) ¡Cuántas veces te he rogado que

inventases un viaje urgente y pusieras fin a esta comedia estúpida?

MANUEL.- ¡Pero, Marcelina, por Dios! Reflexiona. ¿Qué clase de viaje podría servirme de pretexto? No me puedo alejar demasiado. Tal como está la tía, sería una imprudencia. Y para simular un viaje corto, ¿qué ventajas le encuentras a una ausencia de tres o cuatro días?

MARCELINA.- No; si excusas no te faltarán. Como que aquí, en casa, te encuentras como el pez en el agua...

MANUEL.- ¿Y por eso me reprochas? ¿Tú lo oyes, Ignacio?

(IGNACIO, QUE SE QUEDÓ DISCRETAMENTE APARTADO, ~~INTENTA AHORA TOMAR PARTE EN LA CONVERSACIÓN, APROVECHANDO LA INVITACIÓN DE MANUEL~~)

IGNACIO.- Lo que le pasa a Marcelina...

MANUEL.- Lo que le pasa a Marcelina yo te lo diré, Ignacio: que mi presencia ha traído un poco de aire de la calle a esta casa, excesivamente recoleta. El ambiente enrarecido ha podido aclararse; y ahora se advierte que la educación que ella ha dado a sus hijos tenía mu-

chos defectos.

MARCELINA.- ¡Es lo que me quedaba por oír!

IGNACIO.- ¿Adonde vas a parar, Manuel?

MANUEL.- No os sulfuréis y dejadme acabar. Reconozco la santidad de tu intención, Marcelina; pero los resultados han sido el revés de la medalla de tus propósitos. Has querido olvidarte de que el mundo existía y te has empeñado en que lo olvidasen también tus hijos. ¿Qué habías logrado hasta ahora? Que Araceli tomase al pie de la letra tu versión tétrica de la vida, y asustada de la perspectiva, se decidiese por el renunciamiento más absoluto. Y que Jorge, convencido de que contigo jamás se entendería, se las compusiese por su cuenta...y no llegase a ser un perdido porque había alguien que velaba por él.

MARCELINA.- ¡Eso no es verdad!

MANUEL.- ¡El Evangelio! Y conste que te lo digo porque es agua pasada. Jorge, de no haber sospechado yo a tiempo, no hubiese llegado a buen puerto. Y no le digas nada; le prometí que na-

de sabrías, y ahora la enmienda es evidente y se porta como un hombre.

(MARCELINA, CON EL PAÑUELO EN LA MANO, MEDIO LLO ROSA, DIRIGE A MANUEL UNA MIRADA SUPLICANTE)

Te doy mi palabra, Marcelina.

MARCELINA.- Pero, ¿qué ha hecho? ¿Es cosa de los estudios? ¿Alguna fechoría?

MANUEL.- Es...-era, mejor dicho,-un poco de todo.

(MARCELINA VA A INTERVENIR DE NUEVO; PERO SALE MANOLA)

MANOLA.- La señora pregunta si la señorita podría ir con ella un momento.

MARCELINA.- Voy.

(SE LEVANTA Y SE ARREGLA UN POCO LA CABEZA ANTE EL ESPEJO)

IGNACIO.- ¿No querías que viésemos la póliza del Banco?

MARCELINA.- ¡Ah, sí! Espera un instante.

IGNACIO.- Si quieres, puedo ir contigo. De paso, saludaré a tu tía. ¡Si no estorbo!

MARCELINA.- No creo. Vén.

IGNACIO.- Hasta luego, Manuel.

MANUEL.- Hasta siempre.

(MUTIS DE MARCELINA, IGNACIO Y MANOLA. MANUEL SE

QUEDA ^{solo}. SE PASEA CON AIRE DE HOMBRE QUE NO SABE QUÉ HACER. SE OYE QUE LLAMAN EN LA PUERTA DE LA CALLE. MANUEL SE DIRIGE ENTONCES HACIA ESE LADO PARA VER QUIÉN LLEGA)

MANUEL.- ¡Ah! ¿Es usted, Clotilde?

(ENTRA CLOTILDE. CON UNA BATA MUY LLAMATIVA)

CLOTILDE.- Con usted sí que no contaba. Mire cómo vengo. Quería preguntar una cosa a Marcelina y tengo el teléfono estropeado. Nos pueden llamar desde fuera; pero nosotros, no.

MANUEL.- Espérela un momento. No creo que tarde en salir.

CLOTILDE.- Pero, así; hecha una facha...

MANUEL.- Pues mire: me parece una facha encantadora.

CLOTILDE.- Muchas gracias. Me dá no sé qué quedarme. Pregunte a su señora si quiere hacerme el favor de telefonearme cuando pueda.

MANUEL.- ¿Yo? No se lo diré.

CLOTILDE.- ¡Ay, qué gracia! ¿Y por qué?

MANUEL.- Porque no me gusta que me hagan visitas-relámpagos.

CLOTILDE.- Peores son las de usted, que no las hace de ninguna manera. El día que se deje ver por

casa, hebré que colgar farolillos a "la valenciana". Por cierto, que quiero que vea un par de jarrones que mi hombre me compró el otro día. ¡Me apuesto que le gustan! Son "la mar" de artísticos...Y de buenos, ni hablar. ¡Qué porcelanas! Pesebres auténticos.

MANUEL.- (RIENDO) ¿Qué dice?

CLOTILDE.- Lo que usted oye: tal y como lo siento.

MANUEL.- ¡Oh!..Ya lo he oído, ya.

CLOTILDE.- No sé...Con usted, a veces, tal y como dice las cosas...no sé...Hasta me parece que se burla.

MANUEL.- ~~¿Yo?~~ ¿Yo? No lo crea. Al menos, cuando hablo con usted.

CLOTILDE.- No me quiera engañar. De tonta, no tengo ni un pelo. Y si digo simplezas...(GESTO DE MANUEL) Sí, simplezas,- no vale disimular,- ...es porque no sé más. ¡Vaya!

MANUEL.- ¡Qué confesión tan franca!

CLOTILDE.- La razón...a los borrachos. Por eso me gusta tanto pegar la hebra con usted.

MANUEL.- ¡He de interpretar que me considera...bo-

racho? Con usted, del néctar que usted diga.

CLOTILDE.- ¿Quiere callar? Decía que me gusta que hablenmos porque, desde que le conozco, me parece que ya no digo tantas...de éstas; tantas tonterías.

MANUEL.- He aquí un sistema pedagógico original. No le veo más que un inconveniente.

CLOTILDE.- ¿Cuál?

MANUEL.- Que, con varias conversaciones que tuviéramos, fuera yo el que...

CLOTILDE.- ¿Tiene temor de que le contagie?

MANUEL.- No me ha dejado acabar. Fuera yo el que empezaría, no a decir las, sino a hacerlas.

CLOTILDE.- Todo sería que yo le dejase.

MANUEL.- ¡Ah! ¿No?

CLOTILDE.- ¡Quién sabe! Las apariencias engañan.

MANUEL.- Quiere decirse que, si un día, - estamos aún en el terreno de las suposiciones, - si un día me sintiese impulsado por su deliciosa espontaneidad, ¿me aconsejaría que diese marcha atrás?

CLOTILDE.- Según adónde le llevase el impulso.

MANUEL.- Sólo podría llevarme hacia usted, Clotilde.

CLOTILDE.- ¿Hacia mí? ¡Y con qué propósito?

(MANUEL QUEDA UN MOMENTO PARADO. SE ADVIERTE QUE LE HA SORPRENDIDO LA CLARIDAD DE LA PREGUNTA)

MANUEL.- ¡Qué pregunta! Le aseguro que me ha sorprendido.

CLOTILDE.- Debe de ser...éso que usted llama mi deliciosa espontaneidad.

(CLOTILDE SE LE QUEDA MIRANDO. PAUSA BREVE)

MANUEL.- Escuche, Clotilde. Entre usted y yo, desde el primer momento, ha habido una corriente de simpatía. Si yo le digese...

CLOTILDE.- No quiero que me lo diga. Yo,- pobre de mí,- no sé nada de nada; pero, en esta conversación de ahora, nos podemos ~~tratar~~ ^{tratar} de tú, Manuel; porque estas son ~~las~~ cosas que no se aprenden en los libros. ¿Cree que no me dí cuenta de lo que le pasaba? Esta simpatía...yo también la he sentido...y no puede decir que la haya disimulado.

MANUEL.- Ya sé por donde vá, Clotilde. Ahora me dirá que no ~~quiere~~ ^{cabe} esperar de ella más que una buena amistad, que es un sentimiento muy noble y

muy alto....

CLOTILDE.- No, Manuel. Eso no se lo diré. Son expresiones demasiado complicadas para mí.

MANUEL.- ¿Entonces?...

CLOTILDE.- Entonces...no vale la pena de andar con embustes, y es preferible llamar las cosas por sus nombres. Al fin y al cabo, tanto dá hoy como mañana.

(DESPUES DE UNA LIGERA VACILACION Y CON ACTITUD DECIDIDA)

Yo le gusto a ~~un~~ usted.

MANUEL.- ¿Me lo pregunta?

CLOTILDE.- No. Lo doy por sentado.

MANUEL.- Y, puestos ya en plan de franqueza, si yo, ^a mi vez, le preguntase...si...

CLOTILDE.- Yo le contestaré sin que me lo pregunte: más que comer con los dedos...como decía yo de pequeña.

MANUEL.- ¡Clotilde!

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

(TOMA UNA DE SUS MANOS, QUE CLOTILDE RETIRA INMEDIATAMENTE, CON DECISION, PERO SIN VIOLENCIA)

CLOTILDE.- No sea criatura, hombre. ¿O no se dá cuenta de donde estamos?



MANUEL.- Tiene razón. ~~¿Por qué?~~ Tendremos que dejarlo para otro momento.

CLOTILDE.- No se haga ilusiones. No pasaremos de aquí. Al menos, por ahora.

MANUEL.- ¿Lo puedo interpretar como una esperanza?

CLOTILDE.- No se fíe de mí. Soy una mujer más complicada de lo que parezco a ~~primera~~ ^{primera} vista. Usted ha creído de mí que soy una conquista fácil... ¡y no le hago cargos! Era natural. ¿La mujer del estraperlista de arriba? ¡Esa pareja de simples que no saben más que gastarse los duros, y que hacen reír hasta a las criadas!

MANUEL.- ¡Clotilde, por Dios!

CLOTILDE.- No me ataje; que ahora estoy en voz y yo misma me hago cruces de oírme hablar así. Pero usted no sabe lo que hemos tenido que pasar antes de llegar a ser lo que somos. Angustias, dolores de cabeza, unos hartazgos de trabajar que usted ni sospecharía. Y yo siempre estuve al lado de mi hombre. Hasta en la cárcel le he tenido, y me he ido todos los días a llevarle la comida y a quedarme afónica en el locutorio para

explicarle cómo iban las cosas y preguntarle qué había que hacer, con el conque de que el negocio no se nos fuese de las manos. Todo esto no se lo explico porque sí, Manuel. Deseo que comprenda lo que quiero decir y la fuerza que tiene eso que llaman "estar casados". Y créame: no es cosa de jugárselo sin más ni más.

MANUEL.- Realmente, resulta usted más complicada de lo que había sospechado. A mis distracciones de hombre ligero responde ~~me~~ con un verdadero epitalamio.

CLOTILDE.- ¿Epitalamio? ¿Y qué es eso?

MANUEL.- Canción de bodas: la exaltación de las virtudes o de las ventajas del ^{(casamiento.} ~~matrimonio~~.

CLOTILDE.- No sabía. Pero si eso es...éso, ponga que soy una convencida.

MANUEL.- Himeneo, oyéndola, quedaría agradecido a ^{una} ~~una~~ defensa tan original.

CLOTILDE.- ¡Por favor, Manuel, no me vuelva loca!

¿Quién dice ahora?

MANUEL.- (DIVERTIDO) Si es muy popular: Himeneo. El símbolo mitológico del matrimonio.

CLOTILDE.- ¿Ese que pintan con los ojos vendados y unas alitas a la espalda? ¿Uno que tira flechas?

MANUEL.- No. Ese es Cupido. Simboliza el amor. El otro, el matrimonio. Hace unos miles de años, los griegos ya distinguían una cosa de otra.

CLOTILDE.- ¿Ve? Acertaban los griegos.

MANUEL.- ¿Lo dice sinceramente?

CLOTILDE.- ¡Es claro!

MANUEL.- Como antes ha dado a entender...

CLOTILDE.- He dado a entender que me sentía ligada a mi hombre. Nada más. Acaso me casé enamorada. Pero, ¡cualquiera se acuerda!

MANUEL.- ¿Hace mucho tiempo que están casados?

CLOTILDE.- Nos casamos ~~en~~ el día en que se acabó la guerra.

MANUEL.- Fueron muchos los que se equivocaron ~~en~~ aquel día...por exceso de optimismo.

(ENTRA LA TIA PALMIRA, ACOMPAÑADA POR ARACELI)

PALMIRA.- ¡Ah! ¿Usted aquí? Dios la guarde, señora.

CLOTILDE.- Buenas tardes. ¿Se encuentra mejor?

PALMIRA.- Yo, sí. Son los médicos los que se empeñan en decir lo contrario.

(SIGUEN HABLANDO. ARACELI SE HA DIRIGIDO A MA-

NUEL Y LE DÁ UN BESO)

ARACELI.- Salía un rato al jardín con la tía. ¿Qué te pasa, papá? No pareces el mismo.

(MANUEL ~~MIRA~~ MIRA SONRIENTE A ARACELI Y, ADVIRTIENDO QUE PALMIRA Y CLOTILDE SE DESPIDEN, VA HACIA ELLAS)

CLOTILDE.- ¡Ay, sí señora! Me sofoca que me haya encontrado así.

PALMIRA.- ¡Vamos! ¿Quiere callar?

MANUEL.- La acompaño.

CLOTILDE.- No se moleste.

MANUEL.- No es molestia, Clotilde. Es mi camino. Voy un momento a la Biblioteca.

CLOTILDE.- Hasta luego.

Palmira.- Que usted siga bien.

ARACELI.- Hasta luego, Clotilde.

(MUTIS DE CLOTILDE Y MANUEL)

PALMIRA.- Es simpática esta señora.

ARACELI.- Antes no la podía ver ni en pintura; pero ahora...no sé...la encuentro más pasadera. ¿Qué? ¿No vamos al jardín?

PALMIRA.- He cambiado de parecer. No me siento con ánimo de pasear. Vé tu, si quieres.

ARACELI.- Es que...querría llegarle al laboratorio de Ramón, para limpiarlo un poco. No le gusta que le toquen nada las criadas, ¿sabe?

PALMIRA.- Sí, mujer, sí. Ya me hago cargo. Vé, y no te entretengas demasiado; que todavía tienes que vestirme para la ~~comida~~ comida.

ARACELI.- Sí; ya voy. (SE MIRA UN MOMENTO AL ESPEJO) ¿Qué? ¿Le parece bien este vestido?

PALMIRA.- No tengo nada que oponerle. Pero no sé, visto con el microscopio, cómo podría resultar. (RÍE)

ARACELI.- ¡Tía!

PALMIRA.- Era una broma. ¡Anda! Corre, que te mueres de ganas.

(ARACELI LE DA UN BESO Y HACE MUTIS POR LA PUERTA DE LA GALERIA QUE DA AL JARDIN. POR LA IZQUIERDA ENTRA MARCELINA)

MARCELINA.- ¿Usted aquí, tía?

PALMIRA.- Me quedé charlando con Clotilde, que bajó para verte.

MARCELINA.- ¿Otra vez? Antes no la veíamos tanto por aquí.

PALMIRA.- ¿Antes?

MARCELINA.- Quiero decir que...eso. Que, de un tiempo

a esta parte, viene más a menudo.

PALMIRA.- Vendrá por mí.

(MARCELINA DIBUJA UNA SONRISA MÁS BIEN TRISTE.
PALMIRA LE COGE UNA MANO. PAUSA BREVE Y UN PO-
CO VIOLENTA)

Oye, Marcelina. Desde que estoy aquí, he visto cosas...no temas...nada del otro mundo...Insignificancias que, en algún momento, me han hecho sospechar que la felicidad de esta casa puede tener alguna grieta.

MARCELINA.- Esas son figuraciones de usted, tía Palmira. Le aseguro que no hallaría una mujer más feliz que yo.

(LO HA DICHO EN UN TONO QUE NO CONVENCE A NADIE)

PALMIRA.- Tienes la fortuna de ser muy buena chica; pero eso supone un grave inconveniente: que se te conocen las mentiras. (GESTO DE MARCELINA)
Es inútil que quieras engañarme, Marcelina. ¿Es cosa de tu marido? ¡Claro! ~~ES~~ Tú eres una mujer muy de tu casa. El, un temperamento alegre, con buena figura...y simpático como él solo! Vamos, Marcelina; que algún disgustillo te habrá dado.

MARCELINA.- Le aseguro que no. Al menos, debe de haber procurado que no me dé cuenta.

PALMIRA.- O tú has hecho ver que no te la dabas. En eso, te apruebo el gusto. A los hombres hay que tomarlos tal como son. La vida les ha permitido tener la sartén por el mango, y a nosotras no nos queda otro remedio que cargarnos de paciencia.

MARCELINA.- ¡Pero todo tiene un límite en este mundo!

(LO HA DICHO ESPONTÁNEAMENTE. EN REALIDAD, SE LE HA ESCAPADO)

Hablo en general, tía.

PALMIRA.- Sí que lo tiene. Que tu marido no deje de quererte; que el cariño que te debe, en virtud del lazo matrimonial, no llegue a ser de otra mujer...éso es lo único que cuenta. Lo demás, "peccata minuta".

MARCELINA.- Pronto lo ha dicho usted. Es una teoría para que los hombres no se priven de nada: concederles la impunidad más absoluta para que puedan decir: "Yo quiero mucho a mi mujer. Pero eso no

tiene nada que ver con que se la pegue con el primer palo de escoba con faldas, que se me ponga a tiro". Y nosotras, en casa, aguantando.

¡Muy bonito! ¡Qué gracia les haría a ellos ver que nosotras seguíamos su ejemplo!

PALMIRA.- No se puede comparar.

MARCELINA.- ¿Por qué no?

PALMIRA.- Porque la vida es así, y ni tú ni nadie podría cambiar su ritmo. (MARCELINA EXPRESA CON EL GESTO SU DISCONFORMIDAD) Mira, Marcelina. Tienes un hijo y una hija. Si alguien te dice que ha visto a tu hijo en un sitio poco recomendable, te parecerá mal, evidentemente; pero la cosa nunca tomará aires de tragedia. ¡Ah! Tú imagínate, en cambio, que eso mismo te lo dicen de tu hija: el disgusto te abrumará para toda la vida.

MARCELINA.- Pero, tía, ¡por amor de Dios!

PALMIRA.- ¡Calla! Ya lo tienes aquí.

MARCELINA.- ¿A quién?

PALMIRA.- ¿A quién va a ser? Al motivo de todas tus inquietudes.

MARCELINA.- ¡Ay, tía!

(ENTRA MANUEL, QUE TRAE UNOS LIBROS)

MANUEL.- Veo que se quedó aquí, tía Palmira.

PALMIRA.- (LEVANTÁNDOSE) ¡Sólo por un momento! Me vuelvo a mi cuarto; que todavía me he de emperifollar un poco. Delante de la gente de fuera de casa, no hay que parecer demasiado vieja.

(GESTO DE MARCELINA EXPRESANDO AL MISMO TIEMPO EXTRAÑEZA Y COMPASION)

MARCELINA.- La acompaño.

PALMIRA.- Te guardarás muy bien. Yo sé perfectamente ir sola; y con nadie estarás mejor que con tu marido.

MANUEL.- ¡Oh!...Yo iba de paso...

PALMIRA.- Pues te quedarás. Y la harás un poco de compañía. Algo tendréis que contaros.

MANUEL.- ¿Qué dice? ¡Al cabo de tantos años!...

PALMIRA.- No os pido que os piropeéis; sólo que os hagáis un rato de compañía.

(MUTIS DE PALMIRA. MANUEL Y MARCELINA QUEDAN MIRÁNDOSE SIN SABER QUÉ DECIRSE. EL, CON GESTO DE RESIGNACIÓN, DEJA LOS LIBROS EN CUALQUIER PARTE. MARCELINA NO PUEDE OCULTAR SU NERVIOSISMO, QUE VA CRECIENDO POR MOMENTOS)

MARCELINA.- ¿Qué hacer ahí parado? ¿No tienes ningún

tema de conversación que pueda oír tu mujer?

(LO HA DICHO RECLACANDO SUS PALABRAS. GESTO DE MANUEL LAMENTÁNDOSE DE LA ACTITUD DE MARCELINA. EN SEGUIDA SE LEVANTA)

Eso es lo mejor que puedes hacer: marcharte. La tía ya no nos ve, y no vale la pena de seguir ahora esta comedia.

MANUEL.- No, Marcelina. Te equivocas. Me levanté para venir a tu lado a hablarte.

MARCELINA.- ¡Ah! ¿Sí?

MANUEL.- En estas semanas que hemos vivido juntos (GESTO DE MARCELINA)...en apariencia..., más de una vez he experimentado el deseo de que tuviésemos un rato de charla.

MARCELINA.- ¡Si ha de ser tan ~~agradable~~ agradable como el de hace un rato!...

MANUEL.- Precisamente...de eso quería hablarte. Perdona si acaso estuve un poco cruel. Quería que te convencieses...

MARCELINA.- ¿De qué?

MANUEL.- De mi buena fé.

(MARCELINA VA A REPLICAR ALGO; PERO MANUEL LE CORTA LA ACCION CON EL GESTO)

Sí, Marcelina. Y del deseo de salvar a nues-

tro hijo, evitándote, de paso, un disgusto.

MARCELINA.- Pero, ¿qué es lo que hizo?

(LE SUJETA POR EL BRAZO, Y MANUEL COMPRENDE QUE ES INUTIL INTENTAR DIFERIR LA EXPLICACION)

MANUEL.- Qué es lo que pudo llegar a hacer, deberías decir. (PAUSA MUY BREVE) Ya sabes que aquí, en Madrid, todos nos conocemos. Nada tiene de extraño que yo estuviese al tanto de la vida que llevaba Jorge. ¡Oh! ¡No te alarmes! Nada del otro mundo. La vida normal de un chico de su edad, con un carácter de esos que saben disfrutar de la vida.

MARCELINA.- Tenía a quién salir.

MANUEL.- No digo que no. Lo que me preocupaba era saber de donde salían los tiros... (A UN GESTO DE ELLA) De donde procedía el dinero que gastaba. Comprendí en seguida que tú no tenías ni la menor idea de la vida que llevaba Jorge, y que él, para hacer frente a sus gastos, no habría de tener bastante con acariciarte la barbilla de cuando en cuando y con contarte esas historias que los hijos colocan a sus padres y que son una especie de valor entendido, porque ni los

unos ni los otros ~~me~~ las creen.

MARCELINA.- ¿Y averiguaste de dónde salía el dinero?

MANUEL.- Sí.

MARCELINA.- ¡Explicáte de una vez! ¡No me hagas sufrir más!

MANUEL.- (DESPUES DE UNA PAUSA MUY CORTA, Y MIRANDO FIJAMENTE A SU MUJER) ¿Cuánto debes al señor de arriba?

MARCELINA.- (RESPONDIENDO CON EL NATURAL AZARAMIENTO)
No sé...Lo tengo apuntado...Cerca de las cincuenta mil pesetas.

MANUEL.- Exactamente, cuarenta y ocho mil quinientas.

MARCELINA.- ¿Cómo lo sabes?

MANUEL.- Fué tu hijo quien lo descubrió. Jorge olfateó que el señor Rodriguez no sentía prisas por formalizar las cuentas que contigo tenía pendientes. La cosa era natural. Esas cantidades que le fuiste aceptando son para él una minucia. Y todavía, en el fondo, era él quien estaba agradecido. ^{Erais} ~~era~~ la única familia "bien" que conocía en Madrid...Y un día Jorge...¡se lanzó a probar fortuna! Le pidió,- ¡en secreto, claro

es!,- una pequeña cantidad. El otro se la dió con alma y vida. Volvió Jorge a poco...elevando un poquito la cuota, y....¿para qué seguir? Estas cosas acaban siempre lo mismo.

MARCELINA.- Pero un día u otro habría de pasar la cuenta. Y entonces...

MANUEL.- El señor Rodriguez sabía perfectamente que el gasto en que estabas metida era excesivo para tus ingresos normales. Tenía, sin embargo, la certeza de cobrar un día u otro: la herencia de la tía Palmira. Lo malo fué que Jorge comprendió todo esto tan bien como él... ¡y el hombre se metió en gastos! Llegó un momento en que su deuda particular, si no ~~alcanzaba~~ ^{alcanzaba el} ~~el~~ ^{el} importe de la tuya, poco le faltaba.

MARCELINA.- ¡Jesús! Luego debe en estos momentos...

MANUEL.- No te ocupes de éso. Lo importante era ~~que~~ el ~~padre~~ peligro que corría nuestro hijo. Sin saber aún cómo se gana una peseta, se había creado la necesidad de gastar sin tino. La perspectiva era catastrófica; pero tuve la suerte de in-

tervenir cuando el mal aún tenía remedio. Ahora, sobre todo, no me comprometas; porque si el chico ha cumplido su palabra, yo no puedo faltar a la mía de guardar el secreto.

MARCELINA.- Pero, por lo mismo, Manuel. Piensa que es fuerte la cosa; que, en estos momentos, mi deuda con el señor Rodríguez...

MANUEL.- (DUDA UN MOMENTO Y ACABA CON UN GESTO INDICADOR DE QUE NO LE QUEDA OTRO REMEDIO) En estos momentos, el señor Rodríguez y tú estais en paz. Por no decirte ésto, me resistía antes a entrar en detalles.

MARCELINA.- ¿Lo has liquidado tú?

MANUEL.- (COMO EXCUSÁNDOSE) Intervino un banquero amigo mío, y le hizo guardar el secreto.

(MARCELINA LE MIRA CON MIRADA TIERNA, AGRADECIDA)

MARCELINA.- ¿Por qué lo has hecho, Manuel?

(CASI SIN DARSE CUENTA, SE HA IDO ACERCANDO A MANUEL Y LE PONE LA MANO SOBRE UN BRAZO)

MANUEL.- ¡Qué pregunta! Porque, al fin y al cabo, eres mi mujer.

MARCELINA.- Eso ya lo sabíamos.

MANUEL.- ¿Y no te parece bastante? Hoy, todo el mundo

vive,- espiritualmente hablando,- un poco a sal-
to de mata. Nos atemoriza enfrentarnos con las
cosas esenciales de nuestra ~~vida~~ existencia. Pe-
ro llega un momento en que, por lo que sea, nos
nace como una claridad aquí dentro; y entonces
comprendemos la importancia que llega a alcan-
zar el simple hecho de ser marido y mujer. Hi-
meneo puede estar de vacaciones, acaso... Pero
pesa, pesa... ¡y cuenta! ¡Vaya si cuenta!

MARCELINA.- (CASI QUERER, COMO ESCAPÁNDOSELE) ¿Hablas
...por experiencia?

MANUEL.- Evidentemente. A pesar de que quizás no sea
uno de los ejemplos más a propósito.

MARCELINA.- ¿Y eso?

MANUEL.- Yo, Marcelina, jamás me consideré totalmen-
te separado de tí. La libertad que me ha dado
nuestra separación no la utilicé de una manera
plena. Quiero decir que, aun no estando obligado
a ~~dar~~ darte cuenta... en ~~los~~ ^{los} momentos que... ya me
entiendes... siempre me ha roído un poco el remor-
dimiento y he sentido la necesidad del propósito
de la enmienda.

MARCELINA.- ¡Pues, si te descuidas!...

MANUEL.- No puedo discutir contigo. Has sabido tener un mérito, que me desarmaría si lo intentase.

MARCELINA.- ¿Yo, un mérito? ¿Cuál?

MANUEL.- El de no desafiarme. Me aguantaste hasta el límite; mucho más,- debo reconocerlo,- de lo que hubiese soportado cualquier otra mujer.

MARCELINA.- Cualquier otra mujer que no fuera capaz de quererte como yo te quería.

MANUEL.- Era...lo que yo iba a decir. Y ten la seguridad de que jamás he podido olvidarlo. Siempre te veía sentada, ~~como~~ ^{tal} como ahora, en el sofá, ante el fuego de la chimenea. El de casa,- te acuerdas,- era casi igual a éste. Te pasabas allí las noches interminables, porque no sabías ir a acostarte sin tu marido. Y te consumías así, destruída y atormentada por tu amor, por los celos y por la amargura de verte vejada, ofendida... ¡Y llorabas! Más de un día te lo noté. Pero te quedaba una chispa de alegría auténtica para brindármela al llegar a casa y para acurrucarte a mi lado y hacerme ver que ^{te} creías todos esos cuentos que ~~contabas~~ ^{cada} ~~por las~~ noches te inven-

taba. ¡No sabes tú cuánto te he agradecido aquella alegría!

MARCELINA.- No dirás que no tenía su premio.

MANUEL.- ¡Cuál?

MARCELINA.- El beso que me dabas cuando estábamos sentados ante el fuego. No sé por qué; pero era el mejor de todos. En los últimos tiempos, era acaso el único. Por eso valía más la pena esperararlo.

MANUEL.- Es que era el más sincero. Era el remordimiento, la vergüenza y el arrepentimiento, todo en una pieza.

(PAUSA MUY BREVE. MANUEL SONRÍE, DANDO A ENTENDER QUE SE LE HA OCURRIDO ALGO; Y DUDA UN MOMENTO ANTES DE DECLARARLO)

Me dirás que es una tontería, ya lo sé...pero es igual. A nuestro espíritu nunca estorbó una diversión imaginativa. Alguna vez he pensado que, si un día...es un decir....tú y yo...¡no te alarmes!...tuviésemos que hacer las paces, no podríamos adoptar un aire solemne y discutir el pro y el contra. Bastaría con que una noche, al llegar, yo te encontrase sentada aquí,...como en-

tonces, esperando el beso de la verdad...y dispuestos el uno y el otro a tener nuestra charla, como la cosa más natural del mundo.

MARCELINA.- ¡Claro! ¡Sin complicaciones! ~~XXXXXXXXXXXX~~

Otra cosa sería negarte a tí mismo. Pero olvidas un pequeño detalle: que si llegase el caso de...esa diversión imaginativa, -así la has calificado tú mismo, -... (MANUEL ASIENTE CON LA CABEZA)... tendríamos que acudir a la telepatía para saber que estábamos de acuerdo.

MANUEL.- No, Marcelina. Eres tú, solamente tú, la que puede tener la palabra.

MARCELINA.- ¡Esta sí que es buena!

MANUEL.- Te sobraba la razón, te lo concedo. Pero la iniciativa fué sólo tuya. Yo me limité a aceptar la como un castigo...merecido...y a esperar que un día quisieses perdonarme.

MARCELINA.- Con la particularidad de que el señor ha podido hacer por ahí cuanto le ha venido en gana...mientras que su mujer ha tenido que soportar un injusto castigo.

MANUEL.- Entonces...¿qué podría yo hacer?

MARCELINA.- No querer jugar de este modo con las ilusiones. Y pensar que el camino de la vida no es tan llano como te has empeñado en verlo.

(SE OYE LLAMAR REPETIDAMENTE EN LA PUERTA DE LA CALLE)

Es Jorge...

MANUEL.- Sobre todo, Marcelina...

(ELLA, CON EL GESTO, LE INDICA QUE LE HA COMPRENDIDO Y QUE PUEDE ESTAR TRANQUILO; PERO SE DIRIGE AL LATERAL, PORQUE SE OYEN RUMORES DE ANIMADA CONVERSACION)

MARCELINA.- Ya tenemos aquí a los Rodriguez. Menos mal que tuve la precaución de vestirme.

(ENTRAN CLOTILDE, ANICETO Y JORGE, SEGUIDOS POR MANOLA)

CLOTILDE.- Buenas noches.

MARCELINA.- ¿Qué tal?

JORGE.- Buenas noches, mamá. (LE DA UN BESO Y VA A

MANUEL) ¡Hola, papá!

(VAN SALUDÁNDOSE TODOS LOS PERSONAJES, QUEDANDO LUEGO MARCELINA Y ANICETO EN UN LADO, Y CLOTILDE MANUEL Y JORGE EN EL OTRO)

MANOLITA.- Señorita: ¿puedo avisar a la señora para la comida?

MARCELINA.- Sí. Dígale que los señores de Rodriguez

ya han venido. ¡Ah! Y avise también a la señorita Araceli.

MANOLA.- Bien, señorita. (MUTIS DE MANOLA)

ANICETO.- ¿No hemos llegado tarde?

MARCELINA.- ¡Cá! ¡No señor! Vienen a tiempo del aperitivo.

ANICETO.- Yo, no, Marcelina.

MARCELINA.- ¡Ay! Tiene usted razón. Nunca me acuerdo.

ANICETO.- Cuando era un pelanas me pasaba la vida tomando "chupitos" de éstos. Ahora me toca pagarlos ...y los cuartos no me sirven de nada.

(SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA. UN MOMENTO ANTES, JORGE, OBEDECIENDO A UNA INDICACION DE SU PADRE, HA IDO A UN MUEBLE, DEL QUE SACA UNAS BOTELLAS. COMO SI LE FALTASE ALGO, SE VA POR EL LATERAL POR DONDE HIZO MUTIS MANOLA)

CLOTILDE.- ¿Sin rencor, por el sermón de antes?

MANUEL.- A condición de no ponerle el punto final.

Eso no puede quedar así.

CLOTILDE.- No. Ya le pondré yo un dibujito.

(CLOTILDE RIE DE BUENA GANA, Y A MANUEL NO LE QUEDA OTRO REMEDIO QUE REIR TAMBIÉN, AUNQUE UN POCO FORZADO. VUELVE JORGE ACOMPAÑADO POR MANOLA, QUE TRAE UN CUBITO CON HIELO. MARCELINA DEJA SOLO A ANICETO Y VA A PREPARAR EL APERITIVO. ANICETO SE SIENTA EN UN SILLONCITO; PERO EN SE-

GUIDA SE LEVANTA Y VA A SENTARSE AL SOFÁ)

ANICETO.- Hacen unos silloncitos tan justos que no hay manera de sentarse.

JORGE.- ~~MANUEL Y JORGE SE LEVANTAN Y VAN HACIENDO~~ Habrá engordado usted.

ANICETO.- No. Es que tengo la manía de llevar la cartera en este bolsillo. Y es natural: no entro.

JORGE.- ¡Qué suerte! No hay miedo de que me pase a mí.

(MANUEL HA OFRECIDO UN CIGARRILLO A CLOTILDE. ANICETO SE DA CUENTA Y SE LEVANTA RÁPIDO PARA OFRECERSELOS A MANUEL Y JORGE. HACEN UNA PORCIÓN DE CUMPLIMIENTOS Y ACABAN TOMANDO PADRE E HIJO LOS DE ANICETO. ENCIENDEN LOS TRES; PERO, CON TANTOS CUMPLIDOS, SE HAN OLVIDADO DE CLOTILDE)

CLOTILDE.- (CON SORNA) Y esta farola, ¿no hay quien la encienda?

(CORREN MANUEL Y JORGE A OFRECERLE SUS ENCENDADORES. MARCELINA, QUE YA SABE LOS GUSTOS DE TODOS, SIRVE Y ENTREGA A CADA UNO SU APERITIVO. MARCELA, QUE LA HA AYUDADO HASTA AHORA, HACE MUTIS. POR LA PUERTA DEL FONDO ENTRA ARACELI. SALUDA, EN GENERAL, CON EL GESTO)

MARCELINA.- Hola, Araceli.

ARACELI.- Vuelvo ^{ahora mismo.)} ~~en el salón.~~ Voy a buscar a la tía.

(INICIA EL MUTIS HACIA EL LATERAL IZQUIERDA Y SE ENCUENTRA CON PALMIRA, QUE IBA YA A ENTRAR EN ESCENA)

PALMIRA.- No es preciso. Ya estoy ~~aquí~~ aquí.

(TODOS SALUDAN A PALMIRA. Y QUEDAN DISTRIBUIDOS EN LA SIGUIENTE FORMA: A LA DERECHA, PALMIRA, MARCELINA, CLOTILDE Y ANICETO; Y A LA IZQUIERDA, MANUEL, ARACELI Y JORGE)

ANICETO.- No le pregunto cómo se encuentra, porque ya me lo ha dicho mi señora, que la vió antes.

PALMIRA.- Y yo ~~me acordaba~~ ^{le} agradece ~~los~~ ^{es que no me lo pregunté} ~~atenciones~~. No me gusta quejarme ni que me compadezcan.

MARCELINA.- Me hago cargo, tía. A mí, en su lugar, me ocurriría lo mismo.

PALMIRA.- ¿Qué dices? Me parece que vives de ilusiones.

MARCELINA.- ¿Yo? ¿Por qué?

PALMIRA.- Porque...no lo tomes a mal...siempre te gustó el papel de víctima.

MARCELINA.- ¡Tía! ¿Qué dirán estos señores?

CLOTILDE.- ¡Ay, Marcelina! Por nosotros, ¡ni hablar!

(SIGUEN EL DIALOGO EN VOZ BAJA)

MANUEL.- ~~¿Y qué?~~ ¿Y qué, Araceli? Se me antoja que le le vas tomando más gusto a la casa.

ARACELI.- Sí, papá.

JORGE.- A la casa...y a lo que no es la casa.

ARACELI.- ¡Calla, chismoso!

JORGE.- ¿Y qué mal hay en éso?

(ARACELI LE AMENZA CÓMICAMENTE CON EL GESTO)

MANUEL.- De éso non hablamos ahora.

ARACELI.- Oye, papá...No, no...Nada...

(MANUEL LA MIRA SONRIENTE)

MANUEL.- ¿Qué es lo que no te atreves a decirme?

ARACELI.- No...Si es que...

JORGE.- Algo que te querrá pedir.

ARACELI.- Sí; pero no es lo que tú te figuras. Es...
difícil de decir.

MANUEL.- ¿Quieres que te ayude? Querías preguntarme
si yo...también me encontraba a gusto en casa.

ARACELI.- ¡Eres apabullante, papá! ¡Todo lo adivinas!

(LE DA UN BESO)

MANUEL.- Después de esa explosión, supongo que ya no
hace falta que te conteste. En la cara se me de-
be de conocer.

ARACELI.- ¿De verdad, papá? ¡Me gustaría tanto!...
Todas las noches rezo un Padre Nuestro por la
salud de la tía Palmira. Pero, cuando acabo, me
 doy cuenta de que no vale...y tengo que rezar
 otro en seguida.

MANUEL.- ¿Y porqué no vá a valer?

ARACELI.- Porque, cuando lo rezo, ...-puedes creerme, con toda devoción,-no es la salud de la tía Palmira lo que me interesa, sino que ella continúe muchos días entre nosotros; para que, de ese modo, tú no te muevas de aquí... Por eso, después, tengo que rezar otro por ella. ¡Oh, sí! ¡A Nuestro Señor no se le puede engañar!

(MANUEL QUERRIA CONTESTAR ALGO A SU HIJA, PERO LA EMOCION SE LO IMPIDE. PASA LA MANO POR LOS CABELLOS DE ARACELI Y LA ACARICIA SUAVEMENTE. LA NIÑA RECLINA ENTONCES LA CABEZA SOBRE SU HOMBRO)

CLOTILDE.-Pues yo ~~me~~^{se} lo digo a usted sin rodeos: nunca he visto una vieja tan simpática. ¡Siempre está como unas castañuelas!

PALMIRA.- ¿Y es que esta vieja no tiene motivos para estar contenta? Mi sobrina es lo único que me queda. ¿Qué puedo desear sino ver la felicidad de su casa?

MARCELINA.- De todo hay, tía.

PALMIRA.- Y así debe ser en este mundo. Dicen que no hay rosas sin espinas; y, para cogerlas como éstas...

(SEÑALA AL GRUPO DE MANUEL Y LOS SUYOS. MARCELINA SE VA PONIENDO NERVIOSA POR MOMENTOS; Y

PALMIRA NO OCULTA LA SATISFACCIÓN QUE ELLO LE PRODUCE)

...bien vale la pena de un pinchacito de cuando en cuando.

(MARCELINA NO RESPONDE. PAUSA MUY BREVE. CLOTILDE SE LEVANTA Y VA A LA MESA DE LAS BOTELLAS, PARA SERVIRSE CON UN SIFÓN. COMO SE HALLABA SITUADA ENTRE PALMIRA Y ANIGETO, ÉSTE QUEDA UN POCO APARTADO Y AUSENTE DE LA CONVERSACIÓN)

¿No te parece, Marcelina?

(MARCELINA MIRA CON INQUIETUD A CLOTILDE COMO SINTIENDO HABER QUEDADO A SOLAS CON PALMIRA)

¿No te parece?

MARCELINA.- Sí, tía. (DUDA UN MOMENTO) Pero hay pinchazos que acaso lleguen demasiado dentro.

(PALMIRA VA A RESPONDER; PERO, EN ESE INSTANTE, SALE MANOLA)

MANOLA.- La señora está servida.

(MARCELINA SE LEVANTA COMO MOVIDA POR UN RESORTE. SE VE QUE LA PRESENCIA DE LA SIRVIENTA HA SIDO SU LIBERACIÓN. PALMIRA MUEVE LA CABEZA, LAMENTÁNDOLO, Y TAMBIÉN SE LEVANTA. LOS DEMÁS PERSONAJES, AL VERLA DE PIE, LA IMITAN. TODOS LE DEJAN PASO. PALMIRA TOMA EL BRAZO DE CLOTILDE Y, JUNTAS, INICIAN EL MUTIS HACIA EL COMEDOR)

CLOTILDE.- (EN VOZ BAJA, A PALMIRA) Vería usted que

hice todo lo posible por dejar ^{se la} en suerte.

(LEVANTA CLOTILDE)

PALMIRA.- (Demasiado lo he visto; pero no ha servido

de nada.

(CON SU VOZ NORMAL Y ADOPTANDO UN TONO COM-
PLETAMENTE INTRANSCENDENTE)

¡Eso de las criadas está peor cada día!

TELON

El mismo decorado que en los actos anteriores. En la cornisa de la chimenea y en lugar bien visible, una figura, relieve u otro objeto por el estilo que pueda simbolizar a "Himeneo". Es de noche, después de la comida. Al levantarse el telón, ARACELI está colocando flores en un jarrón. Ramón lee con gran interés una revista científica.

ARACELI.- (POR LAS FLORES) ¿Eh?... ¿Qué tal?

(RAMON, ABSORTO POR LA LECTURA, NO RESPONDE. ARACELI SE IMPACIENTA Y PROCURA LLAMAR SU ATENCIÓN)

¿No me oyes, Ramón?

RAMON.- Perdona. No me daba cuenta de que estabas ahí.

ARACELI.- Ya lo veía, ya...

(VA DE PUNTILLAS HACIA ÉL, SE COLOCA A SU ESPALDA Y LEE EN LA REVISTA)

"Factores etiopatogénicos de la cirrosis hepática". ¿Quieres decirme qué sacas de leer estos rollos?

RAMON.- No era eso lo que leía.

ARACELI.- Sería un "te veo" por el estilo. ¿Qué razón tienen los que dicen que la juventud está perdida?

RAMON.- En el mundo puede haber gustos para todo, Araceli. ¿Me repites lo que antes me decías?

ARACELI.- Te preguntaba qué te parecía ese jarrón con las rosas que ~~estaba~~ acababa de colocarle. ¿No te gustan las flores?

RAMON.- Mucho. Hay especies muy curiosas.

ARACELI.- ^{¡Bonita} ~~contestación~~ contestación!

RAMON.- ¿Qué ^e quieres decir?

ARACELI.- Que es una lástima que te tire el ser sabio. Tiene que ser muy triste verse, a tu edad, con los sentimientos ^{del} ~~del~~ atrofiados de tanto estudiar. Nuestro Señor creó las flores para regalarnos la vista. Hizo las rosas galanas y las dalias esplendorosas, encendió los claveles con viva grana y rodeó las orquídeas de misterio. Y tú, en vez de apreciar la galanura o el esplendor, de sentirte arrastrado por el incendio o de dejarte seducir por lo misterioso, ves solamente el género, la especie, la familia y toda esa le-
tania insípida de la Botánica.

(RAMON, QUE SE HABÍA LIMITADO A ALZAR LOS OJOS DE LA REVISTA, HA ACABADO CERRÁNDOLA Y SIGUIENDO, CURIOSO, EL PARLAMENTO DE ARACELI)

RAMON.- Acabarás por hacerme reír, Araceli.

ARACELI.- ¿Y lo dices como si fuese una desgracia?
Ríe, hombre, que la risa es una bendición de
Dios. ¿No han inventado aún tus compañeros nin-
gún específico para ~~excitar~~ ^{excitar} las ganas de reír?

RAMON.- ¡Eres una criatura deliciosa!

ARACELI.- Gracias.

RAMON.- Es la verdad.

ARACELI.- No. Si iba a decir: "Gracias a Dios que te
oigo hablar como un hombre".

(PAUSA BREVE. RAMON LA MIRA SONRIENTE)

¿De qué te ríes?

RAMON.- ¡A ver si ahora te molesta!...

ARACELI.- No; al contrario. Pero me gustaría conocer
el motivo. Acaso es la primera vez después de
tanto tiempo...

RAMON.- Y, si yo te digese... No. Nada...

ARACELI.- ¡Dilo, hombre! Si es por franqueza, no ha
de quedar.

RAMON.- (DECIDIÉNDOSE) Cuando has dicho que era la
primera vez que me oías reír, he pensado que
también era la vez primera que te oía hablar...
así... alegre y desenvuelta. Siempre te había,

visto

tan quietecita...Hasta había oído hablar de que pensabas encerrarte en un Convento.

ARACELI.- ¿Y eso qué tiene que ver? ¿No puede sentir alegría una monja?

RAMON.- Claro que sí. Es decir: si esta alegría la hubiese tenido siempre. Lo cierto es que, al darme cuenta de tu cambio espiritual, me había hecho la ilusión de que aquellos deseos...ya habían pasado.

ARACELI.- (CASI INSINUANTE) Entonces, a tí, ¿te gustaría que los dejase pasar?

RAMON.- (DESPUES DE UNA BREVE DUDA) Mira, Araceli: es difícil. Son cosas muy delicadas.

ARACELI.- Como has dicho que te habías hecho la ilusión...

RAMOS.- Era...una frase hecha. ¿No te has fijado que muchas veces, en la conversación corriente, nos dedicamos a acoplar frases en vez de a engranar palabras, como sería lo natural? Aparte de que, si nos atenemos al sentido literal de esas palabras...

ARACELI.- (CON DECEPCION) No sigas. ¡Por Dios te lo pi-

do, Ramón! ¿No hay manera de que olvides al hombre de ciencia un ratito?

(PAUSA BREVE. ARACELI HA QUEDADO DESILUSIONADA, Y RAMON ADOPTA LA ACTITUD DEL HOMBRE QUE QUIERE SALIR DE UNA SITUACION QUE LE VIENE ANCHA)

RAMON.- Sin embargo...

(ARACELI ALZA LA CABEZA Y SE LE QUEDA MIRANDO)

Sin embargo, Araceli, me he quedado sin saber... si al fin...si de verdad has renunciado a tus antiguos proyectos....

ARACELI.- No sé...Hay...de todo. Aparte de que las cosas no han pasado...de éso...de proyectos.

(LE MIRA FIJAMENTE COMO OBESERVANDO EL EFECTO DE SUS PALABRAS)

Acaso en estos últimos tiempos no me encuentro tan decidida. Con todo este tejemaneje de la llegada de la tía...ya lo has visto: he venido más por casa...He conocido caras nuevas...

RAMON.- ¡Claro! El trato con la tía Palmira ha podido hacer mucho...Quizás, el de otra persona.

ARACELI.- ¡Quién sabe!

RAMON.- Tu padre es un hombre tan animado...y de tan rara simpatía...Una de esas personas que tienen la virtud de atraernos.

ARACELI.- Pero... a papá no le he conocido ahora...

RAMÓN.- Sí. Es claro...

(ARACELI QUEDA PENDIENTE DE LOS LABIOS DE RAMÓN Y EXPRESA CON EL GESTO SU DECEPCION AL COMPROBAR QUE ÉL NO PASA DE AHÍ. HAY UNA PAUSA UN POCO VIOLENTA)

ARACELI.- ^{fín)} ¿Por ~~qué~~ te vas a París?

RAMÓN.- Mañana temprano. Si no me falla el billete del avión.

ARACELI.- ¿Por muchos días?

RAMÓN.- Lo mismo pueden ser dos semanas que un par de meses...o más. Tengo que dar unas conferencias, y acaso me encarguen unos trabajos.

ARACELI.- Entonces... ¿quién sabe si no volveremos a tener una ocasión para charlar como ésta!

RAMÓN.- ¿Cómo? No pienso quedarme allí.

ARACELI.- Es que...de aquí a fin de mes, he de decidir me. Y, si es que "sí", al salir del Colegio me iría al Noviciado.

RAMÓN.- ¿Pues, no me has dicho ahora mismo?...

ARACELI.- Te he dicho que no me encontraba tan decidida. Pero, en dos meses, pueden pasar muchas cosas.

RAMÓN.- No es tan largo el plazo que digamos.

ARACELI.- ¡Ah, no? A veces, basta un minuto para ver las cosas claras como el agua.

RAMON.- Entonces, te deseo que tengas un buen minuto de inspiración y que decidas lo que más te convenga. Puedes estar segura de que siempre guardaré un buen recuerdo de nuestra amistad y de la gentileza con que has querido ayudarme. ~~_____~~

ARACELI.- No vale la pena. Lo único que siento es no haber podido hacerlo mejor. Tampoco podía: con las preocupaciones de aquí, de casa... Créete que hice un esfuerzo.

RAMON.- Ya me hago cargo. Quieres decir para amoldarte a esta vida.

ARACELI.- ¡No, hombre, no! Para poder serte útil.

RAMON.- ¡Ah! No sabes ^{cuánto} ~~_____~~ te lo agradezco. Y no me culpes si no te lo he demostrado de una manera más explícita. Soy un poco corto...y, no vayas a creer, también he pagado mis malos tragos.

ARACELI.- ¡Claro! Te ^{notaría} ~~_____~~ desambientado. Te hubiera convenido encontrar una compañía.

ARACELI.- ¡Vaya! ¡No hay modo, hijo! No salimos de jugar al ratón y al gato. ^{(VUELTA) XX}

... de la ...
... como el ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

... de ...
... de ...

XX RAMON.- No. Me refería a mi carrera.

(OTRA PAUSA. ARACELI, POR HACER ALGO, VUELVE A ARREGLAR LAS FLORES. RAMON DICE LA RESPUESTA SIGUIENTE PARA SÍ MISMO, PERO CON VOZ LO SUFICIENTEMENTE CLARA PARA QUE ELLA LE OIGA)

RAMON.- Lo siento.

ARACELI.- (APRESURÁNDOSE A CONTESTARLE) ¿El qué, Ramón?

RAMON.- Me habían hablado ~~de~~ de un proyecto muy interesante a base de quedarme en Madrid, al menos por una ^{larga} temporada; y, si fuese así,...Nó sé... Sentiría no encontrarte a mi vuelta. Me había acostumbrado a tu compañía.

ARACELI.- ¿De verdad, Ramón?

RAMON.- Puedes creerme.

ARACELI.- ¡Bien que te ha costado!

RAMON.- Quizás sea eso que decías antes. A veces... de pronto...no sé...se enciende una luz en nuestro interior...y nos paga como al caminante desorientado en una noche de tempestad. Surge un relámpago y, en un segundo, reconocemos el paisaje.

ARACELI.- Y, en ese paisaje, ¿no hay ninguna figura conocida?

RAMON.- Pues...yo creo que sí. Porque hace un momento

he sentido aquí dentro una impresión que...

ARACELI.- ¿Qué, Ramón?...

RAMON.- Ha sido una palabra. Mira, Araceli. Yo, de pequeño, me figuraba las palabras de diferentes colores. Las veía de un bermellón encendido, de un rosa pálido, ^o de un verde esperanza... ~~de un verde esperanza...~~

A algunas les atribuía el color de una manera gratuita, -amarillas o azules, - porque sí... Después, ya de hombre, he sentido otras veces la misma impresión. Una conversación, por ejemplo, se desliza suavemente, sin altos ni bajos. Las palabras parecen todas grises... y, de pronto, surge una con un color detonante, que, aunque no quieras, te sitúa, te llama la atención. ¿Te ríes?

ARACELI.- De ningún modo. Te oigo encantada, y temo que, en tí, el sabio haya malogrado al poeta. Y... ¿se puede saber qué palabra era esa?

RAMON.- Noviciado. Jamás ^{más} hubiese creído que tuviese una fuerza evocativa ^{dora} tan intensa. En un instante, - como en sueños, - se me apareció tu carita traviesa enmarcada por unas tocas blancas, avanzando con la vista baja y llevada por unos

pasos leves. Hasta me pareció que llegaba a mis oídos unos compases de órgano.

ARACELI.- (YA FRANCAMENTE INSINUANTE) ¿Y...me sentaban bien las tocas?

RAMOS.- Si quieres que te sea franco....para mi gusto, ni poco ni mucho.

ARACELI.- ¡Ramón!...

(RAMOS QUEDA UN MOMENTO SIN SABER QUÉ HACER NI QUÉ DECIR. POR FIN, SE DECIDE)

RAMON.- Oye, Araceli.

(CASI CON MIEDO TOMA TÍMIDAMENTE LA MANO DE ELLA. ARACELI LE ANIMA CON LA MIRADA. PERO SUENA EL TIMBRE DE LA PUERTA. GESTO DE DESESPERACIÓN DE ARACELI. SE LEVANTA Y DA UNOS PASOS, NERVIOSA)

ARACELI.- Esta casa es un reloquero. Todo el mundo vá y viene cuando le parece.

(SALE MANOLA, QUE VA A CRUZAR LA ESCENA; PERO, DE PRONTO, SE DETIENE RECORDANDO ALGUNA COSA)

MANOLA.- Perdone, señorito Ramón. Antes de comer tele-
foneó un señor...El ^{nombre} ~~nombre~~ no me lo dijo...De la casa...No sé... ¡De la Granja Poch! (1)

RAMON.- (EXTRAÑADO) ¿Poch?

MANOLA.- Pues, si no es Poch, es Puch. (2)

RAMON.- ¿No será Coock? (3) ¿La agencia Coock?

1) Pronúciase: Póca (2) Idem Púca. (3) Idem Kúca.

MANOLA.- ¡Eso! ¡Usted le ha dao! Y...perdone.

(VUELVE A SONAR EL TIMBRE. ESTE TIMBRAZO, NATURALMENTE, MÁS LARGO)

¡Vá!... ¡Hija, pues sí; ni que hubiese fuego!

Pues... ~~me~~ a lo que iba: me ha dicho que el billete para el avión no lo podrá tener hasta el martes de la semana que viene.

(AL OIR ESTO, ARACELI CORRE HACIA MANOLA Y LE DÁ UN BESO, ANTE LA ESTUPEFACCION NATURAL DE ÉSTA)

¿Eh?...

ARACELI.- ¡Te lo has ganado, Manola! Has dicho unas palabras del más bonito color de rosa. ¿Verdad, Ramón?

MANOLA.- (ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS Y HACIENDO MUTIS)

¡Ahí vá! ¡Pues, hija! ¡Vaya un repente!

(ARACELI VA A RAMON Y AMBOS QUEDAN UNOS SEGUNDOS PRENDIDOS DE LAS MANOS)

ARACELI.- ¡Me ~~alaba tan mal~~ ^{disgustaba tanto} que te fueses! ¡Con lo que te había costado destaparte!

RAMON.- ¡Araceli!

(ELLA LE MIRA EMBELESADA; PERO EN SEGUIDA LE INDICA CON EL GESTO PRUDENCIA, POR TEMOR A LOS QUE HAN DE ENTRAR)

ARACELI.- Calma, Ramón. Tenemos tiempo hasta el martes.... ¡Ahora que ya se ha roto el hielo!

(POR EL LATERAL ENTRAN CLOTILDE, ANICETO Y MANOLA, QUE NO HACE MÁS QUE CRUZAR LA ESCENA, MIRANDO TODAVÍA CON SORPRESA A ARACELI. MUTIS DE MANOLA)

CLOTILDE.- Buenas noches.

ANICETO.- ¡Otra vez nos tienen de pelmazos!

RAMON.- Mucho gusto en saludarles.

ARACELI.- ¿Qué? ¿No salen esta noche?

CLOTILDE.- Sí, rica, sí. Cosas de mi hombre: de raza le viene al galgo. Se me vá a jugar al tute subastado con unos amigotes.

ARACELI.- ¿Subastado?

CLOTILDE.- Una especie de "bridge" de pobre.

ANICETO.- ¡Clotilde, por amor de Dios! ¡Siempre, comprometiéndome!

CLOTILDE.- Si supiese estar en tu lugar...

ANICETO.- ¡Quién habló!... Ustedes dirán: ¿hay algo de medio mal siquiera en tener un rato de esparcimiento con los compañeros de toda la vida? ¡Digo yo! ¿Hay nada que decir de ellos?

CLOTILDE.- ¿Pues no ha de haber? ¡Todos, unos desgraciados, unos mandrias!

RAMON.- ¿Y usted, tiene que acompañarle?

CLOTILDE.- ¡En eso estoy pensando! ¿Por quién me ha tomado usted, hombre? Los mirones, en casa. Una servidora se vá aquí abajo, al cine del barrio.

ARACELI.- ¿Sola?

CLOTILDE.- ¡No me comerán! No tengan miedo... A menos que me quieran acompañar. Dan una película de Clark Gable (1)...y ~~otra histórica,~~ otra histórica, de esas en que van vestidos de época. Una película que la llaman "La torre...." de no sé qué. ¡Hombre, Aniceto! ¿Cómo es esa leche condensada que nos traen de Suiza?

ANICETO.- Nestlé.

CLOTILDE.- ¡Eso! Vamos, anímense, que disfrutarán un porción. Son películas de las de antes, ¿saben? No de éstas de ahora que, cuando no han perdido la memoria, están a medios pelos.

ARACELI.- Usted tiene pasión por el cine.

CLOTILDE.- Es mi vicio. Y no crean: ¡aguanto cada tabarra! Pero, como todos los viciosos, ¡no falla! a la siguiente, ¡allá vá la Cloti a "retratarse" en taquilla!

RAMON.- ¿Y a usted también le gusta, señor Rodríguez?

(1) Prominencia: CAL CABLE.

ANICETO.- ¡Hombre! De esa conformidad...

CLOTILDE.- ¡El, qué sabe!...No hace ni cinco minutos que han apagado la luz, me vuelvo ~~hacia~~ hacia él y... ¡ya está!: ¡completamente roque!

ANICETO.- ¡No será tanto!

CLOTILDE.- No. Un poco más. A media película, se despierta y, es claro, como ha perdido el hilo, acaba siempre diciéndome: "Esta película no tiene ni pies ni cabeza".

ANICETO.- ¡Está bien! Para tí la perra gorda.

CLOTILDE.- Usted que es médico, Ramón. ¿Quiere decirme si es normal eso de dormirse en el cine?

RAMON.- ¡Quién sabe! ¡Con tantos paranoicos y tantos esquizofrénicos!...Si quiere, podemos hacer un reconocimiento...

ANICETO.- ¡Formalidad, Doctor! A mí lo que me paga...

(SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA)

CLOTILDE.- (APARTE A ARACELI) No sé; pero a mí se me antoja que el doctorcito...

ARACELI.- ¡Clotilde!

(NO SABE QUÉ DECIR; PERO NO HAY DUDA DE QUE ESTÁ SATISFECHA. CLOTILDE LA ACARICIA)

CLOTILDE.- ¿Qué? ¿Todavía se hace el sueco?

ARACELI.- (RUBOROSA Y MIRANDO AL SUELO) No...No del todo...

CLOTILDE.- ~~¡Qué!~~ (PASANDO UNA MANO POR SU ESPALDA)

¡Me alegro, hija! ¡Mira cómo te las has sabido componer! ¡Y decían que tirabas para monja!... Como no fuera para Doña Inés... ¿Qué? ¿Ya habeis hecho la escena del sofá?

ARACELI.- (MAB RUBORIZADA CADA VEZ) ¡Clotilde!

ANICETO.- Clotilde... ¿Vamos?

CLOTILDE.- Vé tú. Entraré un momento a saludar a la tía Palmira.

RAMON.- ¡La tía Palmira!...A usted le pasa lo que a mí: la ha convertido en parienta.

CLOTILDE.- Es que... ¡tiene la pobre un ángel! ¡Qué lástima de señora!

ANICETO.- Pues, si te quedas, ¡buenas noches a todos!

(RESPUESTA GENERAL. MUTIS DE ANICETO)

ARACELI.- Si quiere ver a la tía, entraremos juntas.

CLOTILDE.- Encantada. (INICIAN EL MUTIS HACIA EL LATERAL) ¿Viene también, Ramón?

RAMON.- No. Hace una noche espléndida y me iré a leer *La gloria*.

(INICIA EL MUTIS HACIA EL FORO)

CLOTILDE.- ¿Qué le está... si es que puede saberse?

ARACELI.- No lo quiera saber: unas cosas muy enrevesadas.

RAMON.- No lo crea. Un trabajo sobre Pasteur. Era un..

CLOTILDE.- ¡No siga! ¡O es que se cree que no lo sé?

Era un sabio francés que trabajaba ^{con un rebaño} ~~de cerdos~~
de cerdos y los otros sabios le ponían la zancadilla siempre que podían. Lo hacía Paul(1) Muni. ¡Mire si lo sé!... ¡A mí con ésa!... Buenas noches.

(MUTIS DE LOS TRES POR DONDE SE HA INDICADO. EN EL MOMENTO DE HACERLO, ARACELI INDICA CON EL GESTO A RAMON QUE LE IRÁ A BUSCAR, Y AMBOS SE DICEN "ADIÓS" CON LA MIRADA MAS DULCE QUE ENCUENTRAN. LA ESCENA QUEDA SOLA UNOS INSTANTES. SE OYE EL TIMBRE DE LA PUERTA DE LA CALLE. APARECE MANOLA, QUE INTRODUCE A HORTENSIA. ESTA ES UNA MUJER JOVEN, DE BUENA PRESENCIA Y VESTIDA ELEGANTEMENTE, ACASO CON UN POCO, - MUY POCO, - DE EXAGERACION)

MANOLA.- Espere aquí un momento. Voy a avisar al señor

(INICIA EL MUTIS SIN DEJAR DE MIRARLA. A HORTENSIA LE COMPLACE LA CURIOSIDAD DE LA SIRVIENTA)

Perdone si me meto donde no me llaman; pero, usted es artista de cine, ¿no?

HORTENSIA.- De teatro. También he hecho algo de cine..

MANOLA.- ¡Ya lo decía yo! ¡La que a mí se me escape!..

(1) Provinciano: Paul Muni

(QUEDA UN MOMENTO PENSANDO DE DONDE PUEDE CONO-
DERLA; Y, AL MOMENTO, HACE MÚTIS CON UN GESTO
DE SATISFACCIÓN POR HABERLO RECORDADO. HORTEN-
SIA SONRÍE. DESPUÉS VA MIRANDO CON CURIOSIDAD
LA HABITACIÓN, HASTA QUE APARECE MANUEL, QUE SA-
LE DEPRISA Y PREOCUPADO POR LA VISITA)

MANUEL.- ¿Cómo se te ocurrió venir aquí?

HORTENSIA.- Porque me han dicho que aquí vives.

MANUEL.- Sí, pero...

HORTENSIA.- ¡Plancha! ¿Has hecho las paces con tu mu-
jer? ¡Es mi sino! Tengo el don de la oportunidad.

MANUEL.- No es eso. Pero esta es la casa de ella. Se-
ría muy largo de explicar...

HORTENSIA.- (LEVANTÁNDOSE) Perdona, Manuel. Hacía tan-
to tiempo que no te veía...

MANUEL.- No, siéntate. Ya está hecho. Si te fueras in-
mediatamente, aún resultaría más sospechoso. ¿Quié-
res cognac? ¿O, mejor, Chartreuse verde?

(MIENTRAS QUE LO HA DICHO HA TRAIIDO BOTELLAS Y
VASOS)

HORTENSIA.- (SATISFECHA) Veo que te acuerdas.

MANUEL.- Jamás me diste motivo para olvidarme de tus
cosas.

HORTENSIA.- Yo tampoco hubiese podido hacerlo.

MANUEL.- Y, buceando bien en tus recuerdos, ¿no en-

contrarías algún pecadillo que aún no te hubieses
decidido a perdonarme?

HORTENSIA.- (RECITANDO CON CIERTO ÉNFASIS) ¡Mucho te ~~va~~
será perdonado ^{porque} ~~por que~~ mucho ~~que~~ has querido!

MANUEL.- Tampoco olvidas el repertorio. Eso es de la
"Nichette" de LA DAMA DE LAS CAMELIAS. ¿Sigues
haciendo ingénuas? (HORTENSIA ASIENTE, COMO INDI-
CANDO QUE NO LE QUEDA OTRO REMEDIO) ¡Vaya!..Pues,
¡por muchos años! (ALZANDO SU COPA) Por tus éxi-
tos.

HORTENSIA.- Por nuestro buen recuerdo, Manuel.

(PAUSA MUY BREVE. MANUEL LE OFRECE UN CIGARRILLO
Y LE DA LUMBRE, CON ACTITUD DE ESPERAR A QUE
ELLA SE DECIDA A DECIR ALGO)

MANUEL.- ¡Muy bien! Y... ¿a qué debo el honor?...

HORTENSIA.- Ya que estoy aquí, ¡que me maten si yo
misma lo sé! (GESTO DE EXTRANEZA DE ÉL) Hoy no
trabajo. Me ~~hacen~~ ^{entraron} ganas de charlar contigo...

MANUEL.- Podías haberme telefoneado y nos hubiésemos
citado en cualquier café.

Hortensia.- Y allí te habría esperado como una boba
toda la noche. Perdona, hijo. Yo, ¿cómo ~~me~~ ha-
bía de pensar ^{me}... Hacía tantos días que tenía de-

seos de oír el metal de tu voz...

MANUEL

~~HORTENSIA~~.- ¿Y nadie más que yo podía regalarte el oído?

HORTENSIA.- Palabra que no, Manuel. Alguien, es claro.

Alguien...Una no es ninguna "birria". Pero no es los jóvenes de hoy son lo mismo: ~~los jóvenes de hoy son una calamidad.~~ una calamidad.

MANUEL.- ¡Hola! Ya me has llamado viejo.

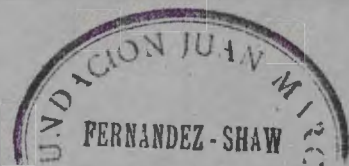
HORTENSIA.- Todo lo has de tomar por donde quema. Pero no me negarás que los pollos de ahora...

MANUEL.- Ni te lo negaré, ni ~~te~~ te daré del todo la razón. A mí me parece que ^a un individuo, por el solo hecho de sostener una conversación interesante, no se le puede calificar de viejo; y que, para ser joven o seguir pareciéndolo, no es indispensable ser un cretino.

HORTENSIA.- Eres magnífico, Manuel. Mira cómo he hecho bien en venir. Eres la única persona de quien puedo aconsejarme.

MANUEL.- Ya sabía yo que no habrías venido...porque sí.

HORTENSIA.- Me encuentro...¿cómo te diría yo?...en una encrucijada del camino de mi vida.



MANUEL.- ¿De qué comedia es éso?

HORTENSIA.- No te burles, Manuel. Yo...tengo un amigo. Ya lo sabrás...

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

MANUEL.- Sí; os he visto juntos algunas veces.

HORTENSIA.- ¿Qué querías que hiciese? Los sueldos no alcanzan...Y, yendo de "tourné", bastante hace una con que le llegue para pagar los hoteles. Y, luego, ~~wantá~~ vestirse. No parece sino que los autores sólo saben hacer comedias de alta sociedad. ¡Tres facturas de modista en cada estreno! ¡Y cualquiera saca el mismo vestido de noche en dos comedias seguidas!

MANUEL.- ¡Pero, Hortensia! Ya nos conocemos. ¿Para qué excusarte?

HORTENSIA.- Es que contigo siento la necesidad de sincerarme. Al fin y al cabo, tú fuiste el primero; el único hombre a quien de verdad he querido.

(HACE UNA BREVE PAUSA, ACASO ESPERANDO A QUE MANUEL LE DIGA ALGO; PERO ÉSTE SE LIMITA A UN GESTO QUE PUEDE PARECER UNA CARICIA)

Ahora, mi amigo quiere arreglar las cosas. Se empeña en que nos casemos. Tiene una buena posición económica...y para mí sería la solución. ¡Figúrate!

te!

MANUEL.-)

~~¿Y qué te detiene, entonces?~~

HORTENSIA.- ¡Manuel! (LO HA DICHO COMO UN AMARGO RE-
PROCHE) (LUEGO VUELVE A SU ANTIGUO TONO) Sólo
hay un inconveniente: mi amigo quiere que deje
el teatro.

MANUEL.- Si crees que puede hacerte feliz...

HORTENSIA.- ¿Feliz? ¡Pobre de mí! (MIRÁNDOLE FIJAMEN-
TE) Yo ya no aspiro a la felicidad. Comprendo
que este chico me conviene. Me quiere y me ha
dado pruebas; pero pruebas de verdad. Mira...
Sabe que he venido esta noche a verte...y no
ignora lo que siempre has sido para mí.

MANUEL.- (CASI PARA SÍ) La vida tiene más imaginación
que todos los novelistas juntos.

HORTENSIA.- Y mañana temprano...espera la respuesta.

(PAUSA MUY BREVE)

MANUEL.- ~~¿Tanto te disgustaría~~ ¿Tanto te disgustaría) dejar el teatro?

HORTENSIA.- Es lo único que puede dar un poco de ilu-
sión a mi vida. Ya sé que cualquiera que me oye-
se diría que estoy llena de manías y prejuicios.
Pero tú...tú no eres como los demás. Puedes leer
en mi interior como en un libro abierto, y te

sabrás hacer cargo de mi pequeña tragedia. No soy mujer para encerrarme en casa y gustar las delicias) ~~de~~ de una existencia sosegada. Jamás supe comprender la poesía de un armario de luna ni me emocionaron los tiestos de claveles. El casamiento es, para mí, la renuncia de todo lo que la vida puede ~~haber~~ tener de imprevisto y de atrayente. Es sentar ^{(me} ~~la~~ conciencia bien arrellanada y saber a ~~conciencia~~ que me he jugado el derecho a esperar. ¿Comprendes, Manuel? Hoy como ayer, y mañana igual que hoy; comenzar tan joven a hacer la misma vida que ya he de ~~haber~~ hacer...hasta que me muera.

(SACA EL PAÑUELO Y SE ENJUGA UNA LÁGRIMA. MANUEL NO SABE QUÉ DECIR; O QUIZAS NO SE ATREVE A DECIR LO QUE PIENSA)

¿Me comprendes? Querría que me hablastes claro.

MANUEL.- ¿Y si resultase demasiado cruel?

HORTENSIA.- No importa. Dime.

MANUEL.- (DECIDIÉNDOSE) No has jugado con franqueza,

Hortensia. (GESTO DE EXTRAÑEZA DE ELLA) No has jugado claro esta noche. Cuando has hablado del teatro y del sacrificio que te suponía dejarlo, no era tu vocación la que se dolía. Era...el

deseo de revivir un pasado que tus pocos años no te han permitido aún comprender que no podía ser más que éso: un pasado. Cuando sientes el temor de dejar las tablas y unirme para siempre al hombre que te quiere, no haces más que dejarte ~~arrastrar~~ arrastrar por la vulgaridad de un proverbio que dice: "Mientras ~~que haya vida hay esperanza~~ *dura, vida, dulce*". Y yo, porque te he querido, porque te quiero todavía, no tengo más remedio que destruir tus ilusiones y señalarte el único camino a seguir: no sacrificues al fantasma de tu amor, - que nunca podrá volver como tú lo sueñas, - la seguridad de una vida digna y honesta. (PAUSA BREVÍSIMA) Perdona, Hortensia. (LA ACARICIA) Perdona si te hice daño.

HORTENSIA.-(MEDIO LLOROSA) Pase lo que pase, siempre te querré, Manuel.

MANUEL.- No, pobre niña. A quien querrás será a aquel al otro Manuel. Al de ahora no le conocerías. La vida ha ~~enseñado~~ *logrado* empañarle el optimismo, y le ha ido despojando de aquel aire despreocupado que te deslumbraba. Y, sobre todo, no puede ofrecerte lo que te ~~ofrece~~ ofrece este amigo de

ahora, que te quiere.

(POR EL LATERAL APARECE CLOTILDE, QUE SE DISPONE A ATRAVESAR LA ESCENA Y HACE GESTOS ROGANDO QUE NO SE MUEVAN)

CLOTILDE.- ¡Por amor de Dios, no se muevan! Me voy escapada.

(PERO, AL FIJARSE EN HORTENSIA, SE DETIENE UN MOMENTO. MANUEL, QUE VE EN SU LLEGADA UN PRETEXTO PARA PONER FIN A LA ENTREVISTA, PRESENTA A LAS DOS MUJERES)

MANUEL.- La señora de Rodríguez... Hortensia Durán...

(HORTENSIA SE LEVANTA Y SALUDA MAQUINALMENTE)

HORTENSIA.- Señora...

CLOTILDE.- Encantada... ¡Ya decía yo! ¿Lo ve? Yo conozco esta cara. Téngame por una admiradora.

HORTENSIA.- Muchas gracias, señora.

(UNA PAUSA. CLOTILDE, POR SEÑAS, PREGUNTA QUÉ PASA; Y MANUEL LE RUEGA CON EL GESTO QUE NO SE VAYA)

Ustedes me perdonarán. No me encuentro bien... y ya habíamos acabado, ¿verdad, Manuel?

MANUEL.- Sí, pero...

HORTENSIA.- Buenas noches, señora.

CLOTILDE.- ¡Lo dicho! Muchos éxitos, ¿eh?, ¡muchos éxitos!

(HORTENSIA, AL INICIAR EL MUTIS, SONRÍE TRISTE-

MENTE A MANUEL)

MANUEL.- Te acompañaré.

HORTENSIA.- (APARTE A ÉL) Siempre la misma, Manuel;
siempre la misma.... ¡la misma!

(HACE MUTIS AHOGANDO UN SOLLOZO. MANUEL LA ~~ACOMPAÑA~~
CLOTILDE LES SIGUE CON LA MIRADA Y MUEVE LA CABE
ZA, SONRIENTE. VUELVE MANUEL)

CLOTILDE.- Pero, ¿qué las dá usted, Manuel? ¿Qué las
dá, para hacerlas penar de ese modo?

MANUEL.- ¡Pobre chica! Quería una recomendación para
un Director de cine.

CLOTILDE.- ¡Manuel!... Pero, ¿usted se cree que yo me
chupo el dedo? Si no había más que ver la cara de
ella y el gesto de usted pidiéndome que me que-
dase... Bueno: y, como ya se fué...

MANUEL.- Un momento, Clotilde. (GESTO DE ELLA INDICÁN-
DOLE QUE TIENE PRISA) ¿No puede oirme ~~cinco minutos~~
cinco minutos?

CLOTILDE.- ~~VEINTE CINCO MINUTOS~~ ¿Cinco minutos
nada menos? Me faltan veinte para que empiece la
segunda película.

MANUEL.- La entrevista con Hortensia me dejó un poso
de amargura.

CLOTILDE.- ¡Muy bien! Y me retiene a mí como si fuese el azucarero.

MANUEL.- Hablo en serio, Clotilde. Si le he pedido que se quede, fué porque, durante toda la conversación pasada, la he tenido a usted muy presente.

CLOTILDE.- ¡Muchas gracias! (RIE)

MANUEL.- Y hubo un momento en que me dí cuenta de que, sá bien era yo el que hablaba, las palabras eran de usted.

CLOTILDE.- ¡Pobre chica! Se volvería ~~tarumba~~ tarumba oyéndole.

MANUEL.- Se equivoca, Clotilde. ¿Recuerda usted nuestra última conversación aquí mismo? Su defensa del matrimonio fué aprovechada por mí esta noche.

CLOTILDE.- ¿Aprovechada para ella?

MANUEL.- Para ella y para mí.

CLOTILDE.- ¡Hombre! No sabe lo que me alegro. Veo que principia a sentar la cabeza.

MANUEL.- ¿No podría dejar ese tono humorístico?

CLOTILDE.- ¿Y qué quiera que le diga si pongo cara de circunstancias? Que tiene una mujer que no se la merece y unos hijos que a cualquiera le

dan envidia. Y que todo eso no se puede lanzar por la borda así como así. ¡Usted lo sabe mejor que nadie, Manuel! Usted que ha tenido la suerte de ~~encontrar~~ encontrar todo eso intacto, después de dos años de tirar de largo y de campar por sus respetos. ¿No lo comprende, hombre de Dios?

MANUEL.- Pero, usted, Clotilde...me dijo...me dió a entender...Me dejó colgada en el aire una insinuación.

CLOTILDE.- ¡No valen embustes, Manuel! Las cosas, claras. Le dije que me gustaba. ¿Y qué? Tantas cosas nos gustan que no podemos disfrutar...

MANUEL.- No la acabo de entender.

CLOTILDE.- Diga que no quiere entenderme. Aquel señor de nombre estrambótico, de que me habló el otro día, tiene más importancia de lo que parece.

MANUEL.- ¿Himeneo? (SEÑALA A LA CORNISA DE LA CHIMENEA)
~~¡Himeneo!~~ Véalo. Lo encontré, al día siguiente, en casa de un anticuario.

CLOTILDE.- Ese debe de ser. Cuando un hombre y una mujer...

MANUEL.- ¿Volvemos a la canción de bodas?

CLOTILDE.- Volvemos. Yo no sé de nombres; pero sí de conveniencias.

MANUEL.- Es un epitalamio práctico.

CLOTILDE.- Como usted quiera; pero si un marido y una mujer se necesitan y se convienen... ¡vamos, Manuel!,...es una primada jugarse todo eso. Y no crea que soy de las de manga estrecha, ni de las que se dan golpes de pecho. Con lo cual quiero decirle que me hago cargo... ¡Sí! que no me asusta la aventura.

MANUEL.- Entonces...

CLOTILDE.- Déjeme terminar. No me asusta la aventura... siempre y cuando no ponga en peligro el matrimonio y no obligue a una separación, como en el caso de ustedes.

MANUEL.- Entonces creo que he interpretado su pensamiento al pie de la letra. Usted me aconseja que vuelva a vivir con mi mujer; que procure darle toda la felicidad posible...

CLOTILDE.- ¡Justo!! Toda la felicidad que la santa de Marcelina se merece.

MANUEL.- ...Y cuando las aguas hayan vuelto a su cauce

...y la tranquilidad matrimonial no corra el menor riesgo...Entonces...Quizás...¿No es eso, Clotilde?

CLOTILDE.- ~~¿ESTO LE ESTABA EN CUENTA CON EL D-~~
~~¿VA A HACER EN SU ALMA UNA BUENA LIMPIEZA?~~
~~¿ESTO LE ESTABA EN CUENTA CON EL D-~~
~~¿VA A HACER EN SU ALMA UNA BUENA LIMPIEZA?~~
¿Usted, en serio, verdad?
(con sorna)

MANUEL.- ¡Clotilde!

CLOTILDE.- ¡No hay Clotilde que valga! Usted lo que tiene que hacer es hablar de verdad con Marcelina y hacer en su alma una buena limpieza. Y, si puede ser, hoy mejor que mañana. En cuanto a lo otro, le contestaré lo que me dijo un médico muy bueno al que fuimos a ver cuando los ataques de hígado de mi hombre. Antes, Aniceto era talmente una esponja bebiendo. Un día hablábamos con el Doctor de la vida que debía hacer; y, es natural, le dijo que el alcohol... ¡ni ~~podría~~ olerlo! "¿Nunca más?" le preguntó el pobre, con una cara compungida que todavía me parece que la estoy viendo. "¡Hombre! ¡Tanto como nunca más!.." repuso el médico. Y mi hombre, viendo el cielo abierto, se atrevió a insinuar: "Entonces, ¿usted

creo que, si me encuentro bien dentro de dos o tres años,...algún día y muy de tarde en tarde, ¿podré tomarme un *PERNOD*? El ajeno era su debilidad.

MANUEL.- ¿Y qué le contestó el Doctor?

CLOTILDE.- Fíjese bien y aplíquese el cuento: "Como decirle que no, no le digo que no; pero, después de una temporada larga ~~de~~ de salud y abstinencia, usted mismo, sin darse cuenta, se encontrará con que se le han pasado las ganas." ¿Qué me dice ahora?

MANUEL.- Que es arriesgada la teoría.

CLOTILDE.- Pues, mire: tuvo razón. (MIRA SU RELOJ) Y me voy escapada.

MANUEL.- Pero si aún hay tiempo...

CLOTILDE.- Sería inútil que siguiéramos, Manuel. Ya sabe lo que le corresponde.

MANUEL.- ¿No se deja nada? (CLOTILDE RÍE E INICIA EL MUTIS) ¿No le dá miedo ir por la calle a estas horas?

CLOTILDE.- (YA DESDE LA PUERTA) ¿Miedo yo moreno? ¡Vamos!... ¿De dónde? (MANUEL LA MIRA ~~Y~~ SOR-

PRENDIDO)

¡Perdón! ¡Ya apareció la Cloti!

(MUTIS RÁPIDO. MANUEL SE DISPONE A ACOMPAÑARLA; PERO SE OYE EL GOLPE DE LA PUERTA QUE HABRÁ DADO CLOTILDE. MANUEL VUELVE AL PRIMER TÉRMINO DE LA ESCENA CON AIRE PREOCUPADO. PASEA UN MOMENTO Y TOCA UN TIMBRE)

MANOLA.- ¿Llamó el señor?

MANUEL.- Sí, Manola. Telefonea que me manden un taxi.

MANOLA.- Si el señor vá a salir, le aconsejo que se lleve la gabardina. Se está poniendo una noche de perros.

MANUEL.- Tráemela. ¡Ah! Y tráeme también el sombrero gris que está en el armario.

MANOLA.- En seguida.

(MUTIS DE MANOLA. MANUEL QUEDA SOLO UN MOMENTO. SALE MARCELINA CON UN PAÑUELO EN LA MANO QUE ESTIRA Y ESTRUJA CON MUESTRAS DE NERVIOSISMO)

MARCELINA.- ¿Vas a salir? Cí que pedías un taxi.

MANUEL.- Quería llegarme un momento... a la Peña. Tengo que ver a un amigo. Pero, si quieres, me quedaré. Lo mismo me dá hoy que mañana.

MARCELINA.- Tanto me dá que salgas como que te quedes. Cuando estás en casa, ~~no te preocupes de nada.~~ *tampoco te preocupes de nada.*

MANUEL.- Marcelina...

(LA APARICION DE MANOLA CORTA LA FRASE. MANOLA LE ENTREGA EL SOMBRERO Y LA GABARDINA)

MANOLA.- Aquí tiene el señor. Me han dicho que el taxi viene en seguida.

(MUTIS DE MANOLA. MANUEL SE QUEDA MIRANDO A MARCELINA)

MARCELINA.- Vé, hombre. ¿O te ha dado a tí también por hacer cumplimientos?

MANUEL.- Te juro que, al verte, he sentido deseos de quedarme; de hablar un rato contigo...Pero me temo que sea un mal momento.

(ESPERA UN INSTANTE LA CONTESTACION DE ELLA. ~~ENTONCES~~ DA UN PASO HACIA MARCELINA. SE ARREPIENTE. Y SE DIRIGE, NO SIN VACILACIÓN, A LA PUERTA)

¿Entonces?....Buenas noches, Marcelina.

(AL COMPROBAR QUE NO LE CONTESTA, SE VÁ PRECIPITADAMENTE. CUANDO MARCELINA SE DA CUENTA DE ELLO, SE LEVANTA DE UN SALTO)

MARCELINA.- ¡Manuel! ¡Manuel!!

(PERO SE OYE EL GOLPE DE LA PUERTA DE LA CALLE. MARCELINA CAE SOBRE EL SOFÁ Y DA RIENDA SUELTA A SU LLANTO. SALE CAROLINA)

CAROLINA.- ¿Qué le pasa, señorita?

(MARCELINA NO RESPONDE)

¿Su marido, verdad? Siempre le dije que era un disparate esta farsa.

MARCELINA.- Es que...habría podido salir perfectamente si él hubiera tenido un mínimo de corrección y de respeto.

CAROLINA.- El remedio fué peor que la enfermedad.

MARCELINA.- ¡Y tanto, Carolina! ¡Y tanto! Pero lo que hizo esta noche ya pasa de la raya. No parece sino que el buen señor ha abierto en mi propia casa su consultorio amoroso. Una tras otra, formando cola... ¡Y él, haciendo los honores!: -"Usted primero, no faltaba más, señora mía"...Si es para reirse a carcajadas.

(INTENTA DEMOSTRARLO; PERO NO HAY MANERA DE QUE APUNTE SU RISA. PASEA NERVIOSA. CAROLINA LA SIGUE CON LA MIRADA)

CAROLINA.- La culpa, -¡digo yo!,- es un poco de usted, señorita. Conociéndole como le conocía, era una imprudencia traerle a casa.

MARCELINA.- ¡Usted qué sabe! Siempre le miró con malos ojos.

CAROLINA.- Perdón. Pero fué la señorita la que me metió los dedos en la boca.

MARCELINA.- Porque tenía ganas de desahogarme... ¡de desahogarme yo! ¿Me entiende, Carolina? Sus jui-

cios no me hacen ni pizca de gracia. Al fin y a la postre, es mi marido.

CAROLINA.- Descuide la señorita. Ya me coseré los labios... ¡sí puedo! ¡Esta sí que es buena!

MARCELINA.- (PARA SÍ) ¡Tan bien como podía haber salido!

CAROLINA.- Y aún puede salir, si Dios quiere. La tía Palmira no ha sospechado nada... que yo sepa.

MARCELINA.- ¿Y qué demontres tiene que ver la tía Palmira con todo esto?

CAROLINA.- ¿Cómo? ¡Que me maten si ahora lo entiendo!

(LOS NERVIOS DE MARCELINA HAN SEGUIDO HACIENDO DE LAS SUYAS. DE PRONTO, COMO ARREPINTIÉNDOSE, DICE:)

MARCELINA.- Perdona, Carolina. Ni yo misma sé lo que me digo.

CAROLINA.- Nada hay que perdonar, ¡pues vaya!... ¿Sabe lo que haré? Le traeré una taza de tila que había hecho para mí, y se tomará dos sellos de esos que le recetó el Doctor Liñán.

(MARCELINA ASIENTE CON EL GESTO, SIN DEJAR DE MIRARLA, INTRANQUILA. MARCELINA QUEDÓ SENTADA EN EL SOFÁ ANTE LA CHIMENEA. MAQUINALMENTE TOMA UN LIBRO DE UNA MESILLA INMEDIATA. DESPUÉS

SE VUELVE COMO SI HUBIESE OÍDO RUIDO POR EL LADO DE LA PUERTA DE LA CALLE. DE PRONTO, SE DÁ CUENTA DEL SITIO ENDONDE SE HA SENTADO, Y SE LEVANTA COMO UN COHETE, ARROJANDO EL LIBRO AL SOFÁ)

MARCELINA.- ¿Eh?... ¿Quién?

JORGE.- (DENTRO) Soy yo, mamá. (ENTRA JORGE)

MARCELINA.- ¡Qué horas de venir a comer!

JORGE.- Ya avisé que vendría tarde.

(ABRAZA Y BESA A SU MADRE CON ALEGRÍA)

MARCELINA.- Vienes muy contento.

JORGE.- Mucho, mamá.

(ENTRA CAROLINA CON LA TAZA DE TILA DE TILA Y LOS SELLOS MEDICINALES. MARCELINA TOMA ESTOS Y AQUELLA DURANTE EL DIÁLOGO SIGUIENTE)

CAROLINA.- ¡Aquí está! Tómela a sorbitos, que le hará ~~el~~ mejor cuerpo.

MARCELINA.- Y, ¿se puede saber el motivo de tu alegría?

CAROLINA.- La dejo aquí y...

MARCELINA.- No, Carolina. Para usted nunca hay secretos.

JORGE.- (SE ACERCA A MARCELINA Y LE ACARICIA ANTES DE HABLAR)

Es un plan que nos traemos la tía Palmira, papá y yo. Hoy ha quedado resuelto. La tía me ha nom-

brado Apoderado general de sus negocios en El Salvador.

MARCELINA.- ¿Vas a dejarme, entonces? ¿Ahora? ¿Precisamente ahora?

JORGE.- ¿Qué quieres que te diga, mamá? Aquí en Madrid jamás haría nada bueno. Además...somos los únicos herederos de la tía. Lo hubiese tenido que hacer después.

MARCELINA.- ¡Hijo mío!

(LLORA. Y MARCELINA TAMBIEN TIENE QUE ACUDIR A SU PAÑUELO)

¡Qué día, Dios Santo! Era lo único que me faltaba...¡Y tan lejos!

JORGE.- En avión, no llega a dos días. Es, poco más o menos, lo que invertías, cuando tenías mi edad, para ir a veranear al Norte. Vendré todos los años en vacaciones...¡y hasta creo que en Navidad y todo! (VA HACIA ELLA)

MARCELINA.- ¿Y todo eso lo habéis urdido sin decirme una palabra? Veo que tu madre ya no cuenta. ¡Tu madre!

JORGE.- Lo hemos pensado mucho. Y era mejor así...No

me lo hagas explicar. Te juro que no hay motivo para que puedas disgustarte. No llores, mamá.

(INTENTA ACARICIARLA, Y ELLA CASI LE RECHAZA. JORGE SE SORPRENDE Y CAROLINA, CON EL GESTO, LE INDICA QUE LA DEJE TRANQUILA. DE PRONTO, MARCELINA ROMPE A LLORAR)

MARCELINA.- No puedo más. ¡Dios mío! ¿qué te he ~~hecho~~ hecho yo para ser tan desgraciada?

JORGE.- Mamá... ¡Mamá!... No te pongas así.

CAROLINA.- Déjela, señorito. Le conviene ~~dejarla~~ desahogarse.

(ENTRA PALMIRA. SONRIE DULCEMENTE Y VÁ A MARCELINA. MIENTRAS QUE LA ACARICIA, HACE SEÑAS A JORGE Y CAROLINA PARA QUE LAS DEJEN SOLAS. ESTOS, NO SIN CIERTA RESISTENCIA, HACEN MUTIS)

MARCELINA.- ¡Ay, tía, no puedo más! Ya he apurado todo mi cáliz de amargura.

PELMIRA.- Por poco te angustias, hija. ¡El cáliz de ~~de~~ amargura! Y no pasa de ser una nube de verano.

MARCELINA.- ~~¡Ay, tía!~~ No, tía. Es monstruoso...

No me lo perdonará usted jamás. (SIGUE LLORANDO)

PALMIRA.- ¡Qué poco me conoces! Anda, mujer: suelta de una vez todo eso que tienes dentro.

MARCELINA.- (DESPUES DE BREVE VACILACION) La hemos
engañado del modo más vil, tía Palmira. Hace
~~tantos~~ años que la engañamos; y esto de ahora ha
sido el "inri": la befa más sarcástica para su
constante bondad. Manuel y yo hace ^{veinte} ~~diez~~ años que
vivimos separados. Me hizo toda clase de malas
jugadas. Era capaz de traicionarme... ¡hasta con
el sol antes de salir! Acaso me dirá usted que
yo pequé de poca paciencia; pero créame que ~~yo~~
agoté hasta el límite mis pobres fuerzas. Sabía
que la separación la disgustaría y fui aplazan-
do la noticia. Hasta que usted nos anunció su
llegada; y, ya hundidos en el lodo de la mentira,
no pudiendo volver atrás, inventamos esta farsa,
grotesca y trágica a la vez.

(PAUSA. PALMIRA SIGUE MIRÁNDOLA CON GRAN TERNURA)

Ahora, ya lo sabe usted todo. Desprécieme; huya
de ~~mi~~ mi lado como de la peste. Todo... ¡Todo!...

Me lo merezco. (VUELVE A LLORAR)

PALMIRA.- ¿Y, por qué me lo has dicho?

MARCELINA.- Porque no podía más. Sentía un peso tre-
mendo en la conciencia... Tenía vergüenza de mí
misma.

PALMIRA.- Y... ¿sólo ha sido por éso?

~~MARCELINA~~
~~(~~SE~~ LEVANTA LOS OJOS Y VUELVE A BAJARLOS~~
EN SEGUIDA)

¿No ha habido nada... ¡nada!... de celos?

MARCELINA.- ¿Celos? ¿De quién? ¿De Manuel? ¡Por amor
de Dios, tía! ¿De quién?

(LO HA DICHO EN UN TONO QUE NO CONVENCE A NADIE)

PALMIRA.- No sé... Me han pedido que no lo diga.

MARCELINA.- No adopte ese tono, tía; que no le vá.

Usted no sabe de la misa la media. Los celos re-
quier~~en~~ el amor. Sólo podemos sentir ~~impulsos~~
el aguijón
de los celos cuando nos hiere la punzada de la
traición a un amor al que hemos consagrado toda
nuestra vida. Y del gran amor que yo dí a Manuel
con toda mi ilusión de mujer, de aquella hoguera
de mi espíritu, no quedan en mi pecho ni las ce-
nizas. Puedo sentir por él odio, rencor, ~~desprecio~~
desprecio, lástima si usted quiere. Depende del
momento....

PALMIRA.- Este de ahora debe de ser de los peores...
por lo visto.

MARCELINA.- ¿A qué negarlo? Sí. Este es de los peores.
Le odio. Si lo tuviese delante, no sé lo que le

haría. Cuando miro la despreocupación de que hace gala, flirteando, o algo peor, ante mí, y en mi propia casa; cuando veo que dispone de mis hijos, -que yo saqué adelante con tantas angustias, mientras que él, de cuando en cuando, les hacía un rato de visita, - le encuentro monstruoso, repugnante... ¡y le odio! ¡Le odio con toda la fuerza de mi corazón!

PALMIRA.- Lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir: "Le adoro, tía. Le adoro con toda la ilusión de mi alma".

MARCELINA.- Usted no sabe...

PALMIRA.- Yo lo sé todo. Sé mucho mejor que tú lo que ocurre en esta casa, porque soy un mucho curiosa y me gusta ver las cosas claras. Primero vino la chica esa del teatro...

(MARCELINA EXPRESA SU EXTRAÑEZA)

No te choque. Dicen que preguntando se vá a Roma, y yo me doy una caminata cada día. Además, desde mi cuarto, tengo hilo directo, como dicen ahora. ¿Crees que, si hubiera habido por su parte una pizca de mala intención, la hubiese hecho venir

a tu casa? Sin el escozor de los felos no hubie-
ses rebajado tanto al pobre Manuel.

MARCELINA.- Pero, ¿y la otra? No es solamente esta
noche...

PALMIRA.- ~~La~~ La otra, como tú dices, o mucho me enga-
ño o le debes ^{vás} tu felicidad en adelante. Clotilde
es un cascabel que, si suena tan alegre, es porque
lo debieron de fundir con oro de antes de la gue-
rra. Es curioso lo que pasa con las personas. Ha-
cemos la vida al lado de gentes que creemos co-
nocer. Al cabo de los años, nos enteramos de que
han cometido una canallada; y, sin saber por qué,
decimos: "No me extraña". En cambio, hay perso-
nas por las que puedes responder a los cinco mi-
nutos de conocerlas. Y Clotilde es de éstas. Pon-
dría las manos en el fuego, Marcelina.

MARCELINA.- Tía...

PALMIRA.- Créeme. Para quererse y ser felices hoy día,
es preciso un gran espíritu de sacrificio y un
amor verdadero como el tuyo, hija mía. ¡Hay que
apartar tantas cosas que nos separan!: ir echán-
dolas dentro de un hoyo inmenso, taparlo con una

losa y vigilar... ¡Vigilar! No sea que un día *no* tengan esas cosas más fuerza que la losa que les hemos colocado encima.

(LE DA UN BESO. MARCELINA QUEDA ABATIDA A SU LADO. PAUSA MUY BREVE)

MARCELINA.- ¡Qué buena eres, tía Palmira!

PALMIRA.- Eso no me lo creo; pero, ¡vaya!, las hay peores.

MARCELINA.- ¡Y tanto que sí! Le confieso nuestro torpe engaño y no piensa más que en consolarme y en preocuparse de mi felicidad. Ahora me doy cuenta de que ni siquiera le he pedido perdón.

PALMIRA.- No vale la pena, Marcelina. Lo importante es que tu marido y tú volvéis a vivir como Dios manda. Y éso creo que es cosa hecha.

MARCELINA.- Por mí...

(BAJA LOS OJOS CON CIERTO RUBOR)

Pero... ¿y usted?

PALMIRA.- No te preocupes por mí. Aparte de la razón de edad, estoy tan en peligro de muerte como puedes estarlo tú misma.

MARCELINA.- ¡Tía!

PALMIRA.- Sí, hija, sí. Yo también sé montar farsas

como la tuya. Me enteré de vuestra separación y sus consecuencias; y, de acuerdo con el Doctor Liñán, quise hilvanar la comedia. El tenía que venir a pasar unos meses en Madrid...y la cosa quedó resuelta en el acto. Nuestro Señor ha querido ayudarme y todo ha salido exactamente como estaba previsto. Os dije que me quería ir a Extremadura para que, viendo que era cuestión de pocos días, cayérais mejor en la trampa. Sí, Marcelina. Contaba con que se os ocurriría esta manera de engañarme. Y, una vez conseguido ésto, el resto era un juego de niños. Tú podías mantener la separación a base de no ver a Manuel. Pero, obligados a estar juntos los dos todo el santo día, ya lo dice el proverbio: "Las mariposas acuden a la luz".

(MARCELINA VA A DECIR ALGO; PERO LE VENCE LA EMOCION. BESA LAS MANOS DE PALMIRA, Y ÉSTA ACARICIA SUS CABELLOS. SE OYE EL GOLPE DE UNA PUERTA QUE SE CIERRA. MARCELINA SE LEVANTA Y MIRA HACIA EL LATERAL. VUELVE EMOCIONADA)

MARCELINA.- ¡Es...é!l!

PALMIRA.- Entonces te dejo. Con lo dicho es bastante.

(MARCELINA ACUDE A AYUDARLA A LEVANTAR; PERO PAL-
MIRA

LO HACE RÁPIDAMENTE SIN DIFICULTAD ALGUNA)

Ya no es preciso, hija. Mi farsa, -nuestra farsa, - se acabó.

(ANDANDO CON NATURALIDAD INICIA EL MUTIS. MARCELINA NO SABE ENDONDE SENTARSE PARA ADOPTAR UNA POSTURA NATURAL. PALMIRA LE SEÑALA EL SOFÁ)

Allí, Marcelina. ¡A ver si hay que dártelo todo servido!

MARCELINA.- ¿También sabe usted...éso?

PALMIRA.- Dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo.

(MUTIS DE PALMIRA, SONRIENTE. MARCELINA, SIN PODER DISIMULAR SU EMOCIÓN, SE SIENTA EN EL SOFÁ Y RECOGE EL LIBRO QUE ANTES HABÍA ABANDONADO. ENTRA MANUEL CON AIRE PREOCUPADO; PERO, AL VER A SU MUJER ALLÍ, LANZA SU NOMBRE EN UN GRITO DE ALEGRÍA)

MANUEL.- ¡Marcelina!

MARCELINA.- (EN UN TONO QUE QUIERE SER NATURAL) Buenas noches, Manuel. Parece que hoy vuelves muy pronto...

(MANUEL VA A DARLE UN BESO. ELLA ESQUIVA EL ROSTRO ~~PERO~~ PERO...EL BESO, IRREMEDIABLE, SE PRODUCE DE OTRA MANERA)

MANUEL.- No sé cómo decirte... ¡Me ha hecho una impresión!...

MARCELINA.- No me digas nada, Manuel. ¡Quieto!...Aquí;

bien a mi lado. Como si no hubiese pasado nada.
Como antes... ¡Como siempre, si Dios quiere!

(MANUEL HA PASADO UN BRAZO POR LA ESPALDA DE MARCELINA; Y, ~~CON LA OTRA MANO~~ CON LA OTRA MANO, COGE LA ELLA Y SE LA BESA REPETIDAMENTE)

MANUEL.- Lina... ¡Lina!... ¡Vida mía!

MARCELINA.- Poquito a poco, Manuel. ¡Poquito a poco!

TELON